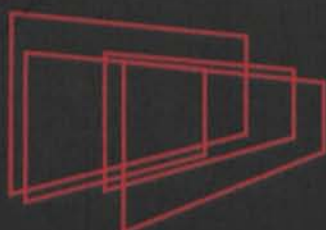


certamen de fotografía sobre cultura popular
2008





**certamen de fotografía
sobre cultura popular**
2008

Coordinación de la edición
Juan Carlos Rico, conservador
Museo del Traje Centro de Investigación del Patrimonio Etnológico

www.mcu.es



MINISTERIO DE CULTURA

Edita:

©SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

Subdirección General

de Publicaciones, Información y Documentación

©De los textos y las fotografías: los respectivos
autores

NIPO 551 09 021 6

ISBN: 978 84 8181 396 8

Depósito legal. M. 26 800 2009

Imprime: Gráficas Munej, S.A.



MINISTERIO
DE CULTURA

Ángeles González-Sinde
Ministra de Cultura

Mercedes E. del Palacio Tascón
Subsecretaria de Cultura

José Jiménez
Director General de Bellas Artes y Bienes Culturales

Los resultados del Certamen de Fotografía sobre Cultura Popular a lo largo de todos estos años (en su segunda etapa, desde el año 2000) confirman el acierto y la oportunidad de la propuesta del Ministerio de Cultura.

El interés es evidente, en todos los sentidos: en primer lugar, el de los trabajos presentados, que aumentan año tras año; el de la exposición, que anualmente muestra las obras seleccionadas por el jurado; de los correspondientes catálogos, cada vez más solicitados, tanto a título individual como por instituciones y centros especializados; y finalmente, el de los profesionales y medios de comunicación, que atienden con interés y difunden nuestras convocatorias.

El certamen, para gozo de todos, combina la técnica con la composición, el contenido con la reflexión y el conocimiento con la belleza. Celebrémoslo una vez más mientras vamos pasando con asombro las páginas de este catálogo, que contiene una elocuente muestra de los proyectos presentados en 2008.

Ángeles González-Sinde
Ministra de Cultura

Índice

Presentación del Certamen de Fotografía sobre Cultura Popular 2008 JUAN CARLOS RICO	9
Las otras Cajas Españolas JESUS ANTONIO RODRÍGUEZ PÉREZ	11
Reportajes premiados	
PRIMER PREMIO	
Galgueros de bien CÁNDIDA LOPESINO SABÍN	17
SEGUNDO PREMIO	
Marisqueiras ALONSO JIMÉNEZ CASADO	25
TERCER PREMIO	
Una verbenas castiza en el siglo XXI ANDRÉS GUILLERMO MARÍN GARIJO	33
Menciones honoríficas	
Moros y Cristianos de Benamahoma JOSÉ LUIS GALLIGO AVILÉS	43
Un recuerdo del traje llamado "manto y saya" MARCO ZIGNIEW PARZYCH	51
"De puerta en puerta" JUANA MARÍA LÓPEZ ROJO	59
Juegos tradicionales en España CÁNDIDA LOPESINO SABÍN	67

Reportajes seleccionados

Ganaderos del Alto Tajo JOSÉ MIGUEL CHAMORRO VALENCIA	77
La rosa del azafrán 85 ABELARDO PEINADO VILLODRE	85
El toro CARLOS LUIS DE ANDRÉS DEL PALACIO	93
Los chozos de piedra FÉLIX CARRETO MARTÍN	101
Puertas en el campo FÉLIX CARRETO MARTÍN	109
Fiesta de los verdiales JUAN MIGUEL ALBA MOLINA	117
Recogida de la mies OLGA ALBARRÁN CASELLES Y JUAN JOSÉ ALBARRÁN PÉREZ	123
Fragua JUAN JOSÉ ALBARRÁN PÉREZ	131
Oficios que se extinguen LUIS MIGUEL RUIZ GORDÓN	139
Chamineras del Pirineo JESUS ANTONIO RODRÍGUEZ PÉREZ	147
Cuchilleros de Taramundi ÓSCAR PEDRO MULET RINCÓN	155
Belchite y la memoria ROSARIO GÓMEZ MATEO	161
Esquileo y marcaje CARLOS ORDUNA PORTUS	169
Fayón, la batalla del Ebro JAVIER CALZADA DURÁN Y SERGIO ÁLVAREZ CALZADA	177

Isil, el fuego que anda MANEL VILADRICH CARREIRA	185
El Vitor ROBERTO HERNÁNDEZ YUSTOS	193
La bola FERNANDO PASTOR SOLA	201
<i>Els enfarinats</i> de Ibi JAVIER SALVADOR BELDA	207
Almadraba de Monteleva ERNESTO FRANCISCO NAVARRO ALBA	215
Bautizo evangélico en la playa de Levante FRANCISCO GAMELLA MORA	223
Cultura popular 2008 SALVADOR BRUN PÉREZ	231

Presentación del Certamen de Fotografía sobre Cultura Popular 2008

El ánimo que solicitaba en el último párrafo de estas mismas páginas el año pasado, en la presentación del catálogo del Certamen de fotografía sobre cultura popular, para que los distintos profesionales se presentaran a la presenta convocatoria de 2008, ha surtido sus efectos: nada más y nada menos que ciento dieciséis trabajos presentados; es decir, un veinte por ciento más que en la anterior convocatoria.

Año tras año describimos la creatividad junto a la calidad técnica, como los dos componentes básicos de todas las fotografías presentadas, y así es, y así continua siéndolo, como podrá corroborar el lector del presente catálogo.

Y en cuanto a los temas nada que añadir a lo ya comentado otros años: fiestas, ritos y celebraciones; testimonios y añoranza de oficios a punto de desaparecer para que siempre quede constancia de ellos (sus imágenes conservadas y almacenadas en nuestros depósitos para las futuras generaciones; ¿no es acaso una de nuestras funciones?); reflejos de un mundo urbano que cada vez tiene más presencia frente al rural; arquitectura popular, construcciones y elementos parciales de diferentes infraestructuras rurales de diversas funciones y usos... y sin olvidar las no menos importantes y cada vez más numerosas composiciones plásticas que toman como base los elementos populares.

Sólo me queda, un año más, volver a pedir a los fotógrafos que tomen su cámara y que recorran vigilantes los caminos, carreteras, campos, bosques, ríos y playas, villas, pueblos y ciudades de nuestra geografía, para que no haya ni un solo rincón, paisaje, actividad, celebración, rito o composición plástica que no quede reflejado en el papel, y así nosotros podamos disfrutarlos en 2009. Es un deber agradecerse.

Juan Carlos Rico
*Museo del Traje. Centro de Investigaciones
del Patrimonio Etnológico*

Las otras Cajas Españolas

Transcurrían los primeros minutos del recién estrenado año 2009. Como en todas las Nocheviejas, en las casas se brindaba entre abrazos y besos. Cohetes y petardos se veían y se oían por todas partes. Las televisiones alternaban las imágenes de las plazas más emblemáticas de nuestras ciudades, donde el gentío celebraba el último campanazo del reloj, con otras de fiestas pregrabadas en que chillones presentadores nos convencían de lo divertidas que serían las primeras horas del año en su compañía.

Sin embargo, algo es diferente en el *zapping*. La 2. Unas imágenes en blanco y negro y la voz pausada de un narrador nos sorprenden y nos llaman la atención en esta noche en que bullicio, canciones, humoristas y anuncios son la tónica general. Sí, es un documental ¿A quién se le ocurre emitir un documental en Nochevieja? Como queriendo remarcar la diferente opción de esta emisora de televisión, sus responsables han decidido la difusión de un programa divulgativo. Y además su contenido mezcla historia y cultura. Difícil apuesta para una noche tan especial.

«Las Cajas Españolas» es su título. Narra la apasionante historia del salvamento, durante la Guerra Civil Española, de los cuadros del Museo del Prado. Amenazados seriamente por las extremas condiciones que sufría Madrid —el propio edificio resultó alcanzado por algunas bombas— se decide el traslado de los fondos del museo primeramente a Valencia, luego a Cataluña, después a Suiza y finalmente de regreso a España. Mediante la alternancia de escenas teatralizadas y películas originales, nos transmite la dificultad que representó ese viaje desde el embalaje de las obras hasta el transporte de las mismas, todo ello en medio de una atroz contienda.

Anécdotas y situaciones desesperadas se suceden y nos sumergen en el hostil ambiente en que se llevó a cabo tan complicado viaje. La suerte jugó un importante papel para que, finalmente, las miles de cajas retornaran en perfectas condiciones. Pero, sin duda, y así lo destaca el documental, lo que realmente salvó este excepcional patrimonio fue la actuación de las personas responsables de la operación. Desde el humilde mozo de carga hasta el técnico más cualificado, su impecable trabajo fue lo que impidió que las obras de arte que disfrutamos hoy fueran destruidas.

Lamentablemente, este esfuerzo no fue mínimamente reconocido. Incluso cuatro de los más destacados responsables de esta proeza decidieron permanecer fuera de España, lejos de las maravillas que habían salvado. Tampoco los que aquí se quedaron o se acogieron al retorno previo juramento tuvieron agradecimiento alguno. No fue hasta hace unos pocos años que, en una de las entradas al edificio, se colocó una pequeña placa que recuerda a todos los que hicieron posible la conservación del tesoro del Museo del Prado.

En los próximos meses asistiremos a un traslado similar, afortunadamente no obligado por las circunstancias trágicas de una guerra sino para conseguir que otra parte también importante de nuestro patrimonio sea, por fin, expuesta al público en general. Me refiero al acuerdo firmado hace unos días entre el Ministerio de Cultura, el Gobierno de Aragón y la Diputación de Teruel para la creación de la sede definitiva del Museo Nacional de Etnografía.

Nuevamente, miles de cajas recorrerán la geografía española; en su interior, otro tesoro: los fondos asignados actualmente al Centro de Investigación del Patrimonio Etnológico (CIPE) deberán ser traspasados a la sede de la ciudad turolense donde, esperamos, serán acogidos y mostrados como se merecen. Se acabará así finalmente la situación de incertidumbre que parece perseguir a este legado.

Además de desear que el traslado se realice de forma satisfactoria, tanto en lo personal como en la logística, sería un buen momento aprovechar la creación de este nuevo museo para reconocer de alguna manera el trabajo discreto de todas aquellas personas que, durante los pasados años, han permanecido en el anonimato más absoluto ampliando y custodiando el capital común de nuestros recuerdos y que ese reconocimiento no se demore tanto tiempo.

Porque para todos aquellos que, desde una responsabilidad u otra, han contribuido a adquirir, rescatar, estudiar, catalogar, restaurar, almacenar, custodiar, conservar las piezas de la colección ha debido ser muy amargo saber que el destino final de las mismas era, inevitablemente, su almacenamiento lejos de los ojos del público: nadie admiraría el resultado de su esfuerzo.

Ahora, con la creación del nuevo museo, al menos, se podrán sentir satisfechos al contemplar cómo esos materiales que tanto han mimado, y son parte muy próxima de nuestra historia, finalmente ven la luz y pueden ser compartidos por todos.

Asimismo, sería razonable aprovechar las nuevas instalaciones para que alguno de los nuevos recintos se destine a la exposición del importante material audiovisual que igualmente se conserva. Será, sin duda, un magnífico complemento para ambientar y facilitar la comprensión de objetos cuyo uso y significado resultarán difícilmente explicables a las futuras generaciones.

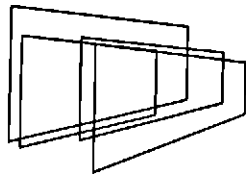
Una parte notable de esa riqueza audiovisual está constituida por el magnífico archivo fotográfico custodiado. Además, los excelentes fondos históricos, con magníficas obras de renombrados maestros de la fotografía española, se han visto enriquecidos con la aportación de centenares de nuevos trabajos seleccionados en las diferentes ediciones del Certamen de Fotografía sobre Cultura Popular, cuya historia, con el paréntesis de unos pocos años, supera ya la veintena de convocatorias.

La virtud de estas nuevas colecciones, dejando aparte su indudable calidad, radica en la variedad y frescura de temas y enfoques. No son sus creadores únicamente el fotógrafo especialista o el investigador metódico. Junto a nombres reconocidos en el ambiente fotográfico y cultural, encontramos personas anónimas que, en un momento dado, han sabido capturar un instante especial o han considerado con acierto que determinada expresión popular merecía ser captada.

Buen ejemplo de la perfección de las imágenes recopiladas gracias a las sucesivas convocatorias es el compendio que encontraréis reproducido en este catálogo. Este libro recoge una escogida muestra de diversidad de motivos y puntos de vista sobre nuestra Cultura Popular y es el resultado de una difícil elección entre los trabajos presentados al certamen de 2008. Gracias a la aportación de todos los participantes, no solo los premiados y seleccionados, nuestro patrimonio documental común se ha incrementado.

Esperemos que las fotografías que ilustran este catálogo sean pronto exhibidas en el nuevo museo y que la consolidación de ese nuevo espacio cultural nos permita a todos disfrutar de forma permanente y estable, entre otros tesoros etnológicos, de los magníficos recuerdos fotográficos a los que ahora se incorporan estas imágenes. Y que, salvo cesión o ampliación, nunca más haya que volver a empaquetarlos en otras “cajas españolas”.

Jesús Antonio Rodríguez Pérez
*Ganador del primer premio del Certamen de Fotografía
sobre Cultura Popular de 2007*



Reportajes premiados

Galgueros de bien

Cándida Lopesino Sabín

Primer premio

La palabra galguero se utiliza para designar a las personas que crían, cuidan y entrenan galgos para dedicarlos a correr liebres en el campo.

Ser galguero supone amar a los galgos por encima de todo. Son muchos los gastos que tiene que soportar el galguero para ver correr los perros: alimentación, seguros, licencias, correderos, identificación (tatuaje o microchip imprescindibles para la recuperación de los animales sustraídos) y transporte.

El historiador y filósofo griego Lucio Flavio Arriano, en su obra *El Cinegético*, fue quien instauró las reglas que debían regir al correr liebres con galgo. Éstas eran muy prácticas y respetuosas con la liebre, no permitiendo que fuera acosada por más de dos galgos, que se le diera una ventaja considerable y que, sobre todo, el galguero nunca tuviera en mente la muerte de la liebre.

Esta es la nobleza de este deporte cinegético, que el galguero de bien jamás piensa en que sus galgos atra-pen a la liebre, sino que sean lo bastante fuertes para ponerlos al límite de sus facultades.

La jornada empieza muy pronto. Se reúnen en el lugar de encuentro, que suele ser un bar. De allí se parte al corredero (no cazadero). Se entrañan los galgos con el collar automático que permite soltar al animal cuando la liebre tiene la suficiente ventaja. Los galgueros se colocan de forma paralela para ir batiendo el terreno en busca de la liebre.

Las carreras se suceden a lo largo del día. Una vez que todos los galgos han corrido al menos una carrera, la jornada cinegética ha terminado.

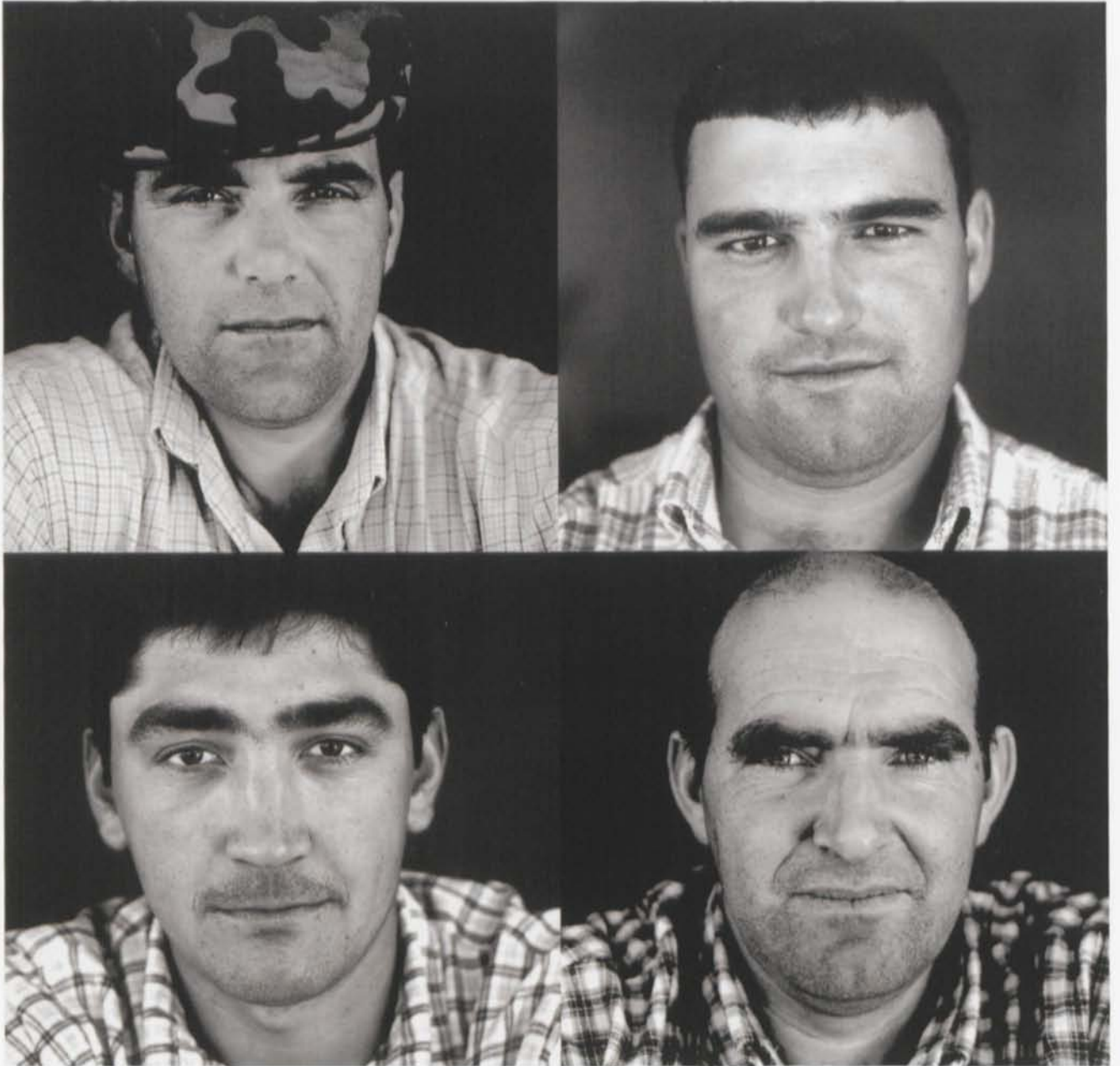
Los galgueros atraviesan en la actualidad una situación difícil: las liebres están siendo mermadas por epidemias, el aumento del robo de los animales y el ataque injustificado de una parte de las asociaciones proteccionistas hacia esta afición.

Ante esta situación los galgueros se unen para defender y mantener la forma de caza más limpia, biológica y ecológica que existe hoy día.











Marisqueiras

Alfonso Jiménez Casado

Segundo premio

En una ocasión leí en un diario gallego: “El marisqueo es una de las más bellas postales que podemos mandar desde Galicia al resto del mundo”. Estoy totalmente de acuerdo.

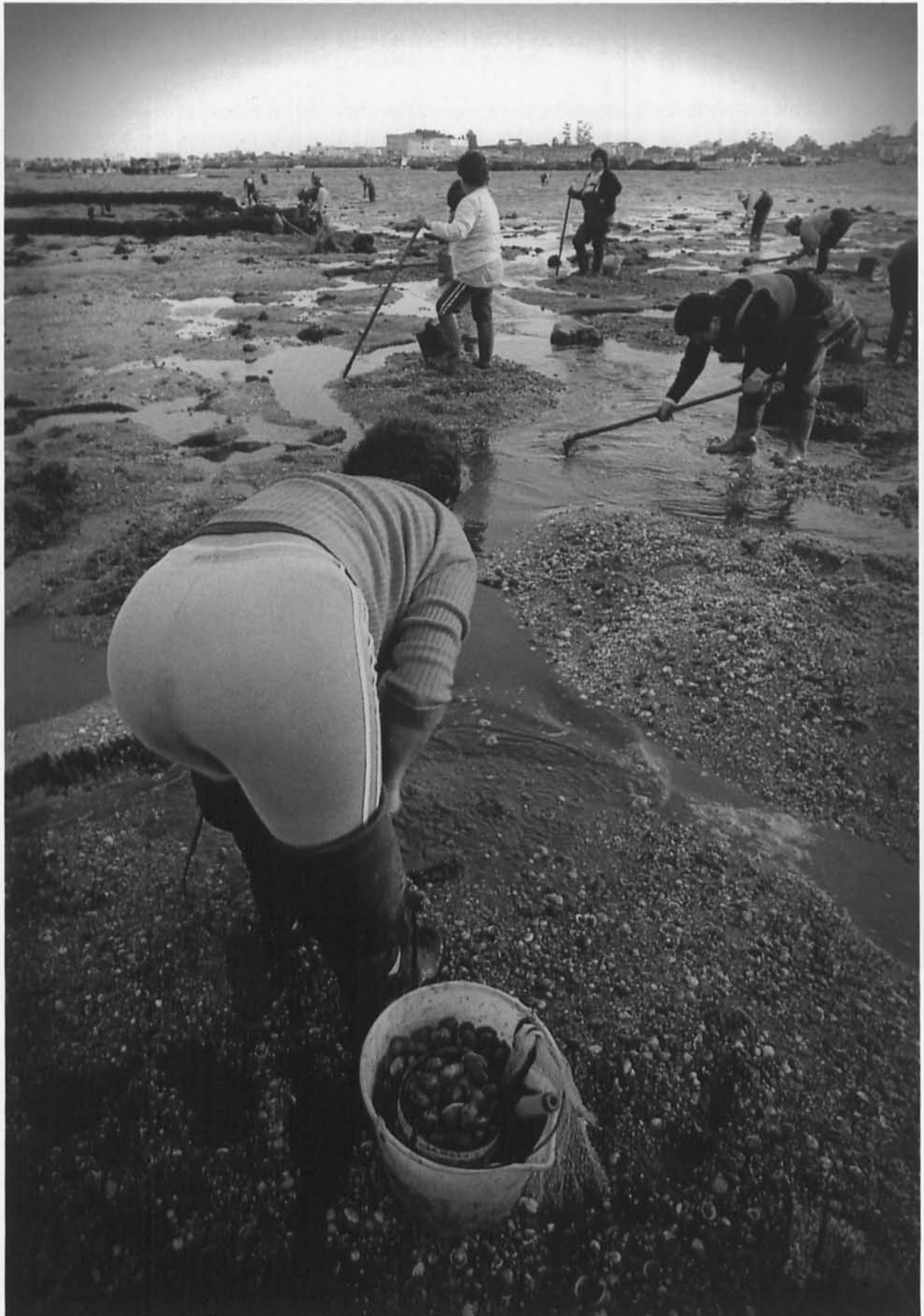
El mar reconoce las voces de las mariscadoras que lo abrazan cada día cuando la marea baja lo permite. Mujeres que, a pie, procuran el mismo fruto que los hombres que manejan el arte de la vara desde las pequeñas embarcaciones; porque es aquí donde obtienen el complemento económico necesario para mejorar su calidad de vida.

El marisqueo es la más bella estampa de la playa abierta cuando el sol tímido asoma por el horizonte. Por eso, muchos fotógrafos propios y otros extraños como un servidor, llegados de diferentes lugares, hemos intentado captar el alma de sus protagonistas. Este arte de ría se admira a contraluz. Un arte, años atrás, escenificado por mujeres de cuerpos mojados y negros atuendos empapados por agua con salitre, y hoy en día (síntoma evidente de una positiva evolución), mostrando una imagen más colorista, de gente más joven, a veces con traje de termoplástico, organizado por cofradías para hacer más rentable y de mayor calidad el producto, pero que conserva el mismo interés fotográfico y etnográfico de antaño; y donde siguen invirtiendo su salud en cada jornada laboral.

Sirvan estas fotografías, de las que soy autor, de humilde homenaje a estas mujeres mariscadoras que abrazan el mar frío cada mañana para recoger su fruto, desarrollando, en mi opinión, el trabajo más duro de cuantos realiza actualmente la mujer gallega.

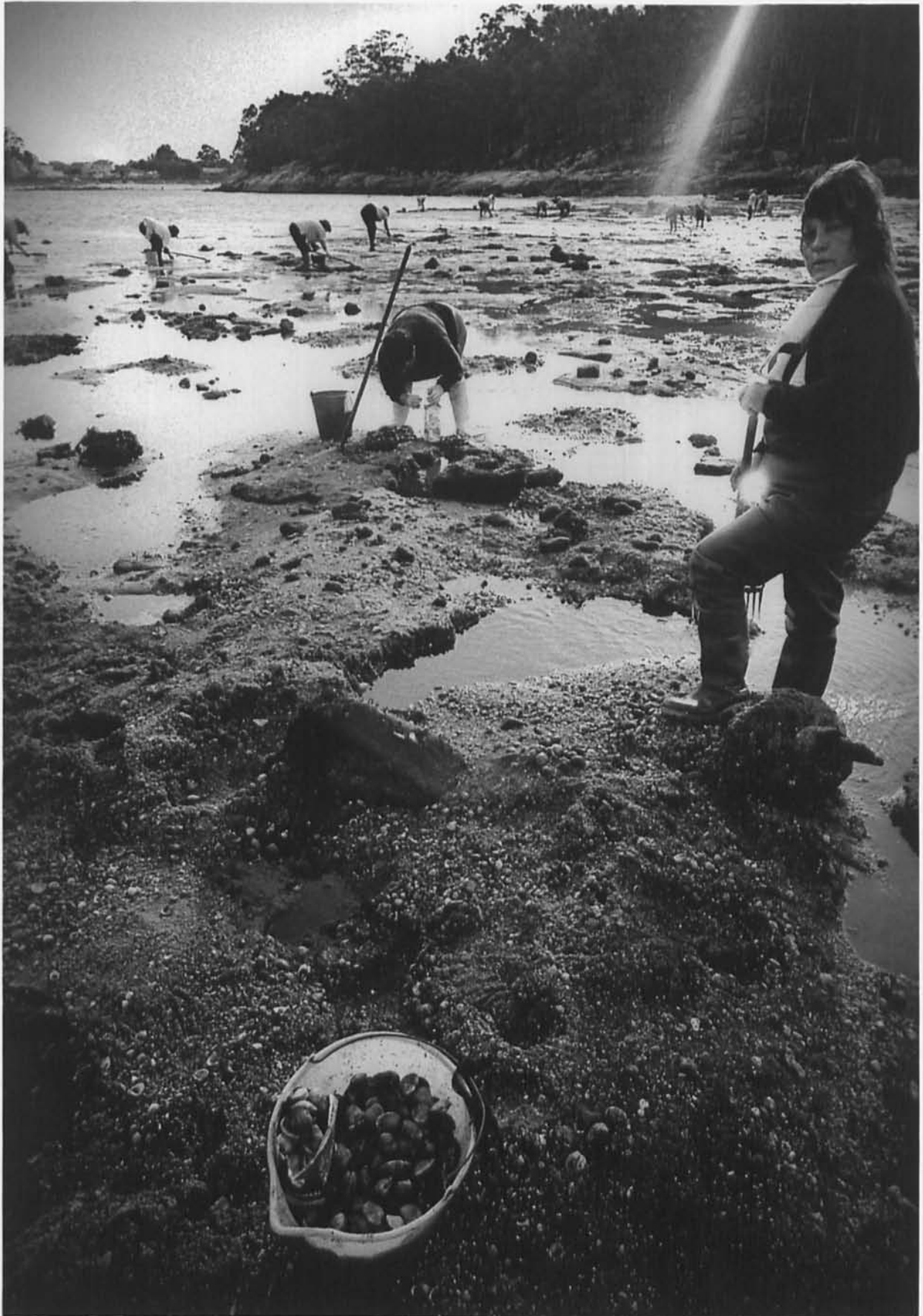
Porcuna (Jaén). Febrero de 2009











Una verbena castiza en el siglo XXI

Andrés Guillermo Marín Garijo

Tercer premio

DE CÓMO EL DESARROLLO DE LA MODERNIDAD ADMITE LO POPULAR

A mediados del mes de agosto, la ciudad de Madrid, como si de cualquier pueblo se tratara, también celebra sus fiestas de verano.

Las fiestas de san Cayetano, san Lorenzo y la Paloma convierten por unos días con su casticismo y tradición a una gran urbe moderna y cosmopolita en una ciudad provinciana que recuerda su pasado, amenizado por aquellas verbenas de hace dos siglos que en su día fueron “arsenal completo de inspiraciones para los escritores” (según Enrique Sepúlveda) y en la actualidad siguen manteniéndose en el estío madrileño de principios del siglo XXI.

El día 7 de agosto se celebra la festividad de *san Cayetano*. Fecha en la que hemos centrado este trabajo fotográfico realizado en la actualidad y que pretende documentar con estos “instantes” un acontecer que nos sumerge en el antiguo Madrid.

Se trata de una mezcla de tradición y modernidad en la que el avance y la globalidad dan permiso al recuerdo de tiempos pasados.

Foto 1: A la salida del santo. Desde primeras horas de la mañana, los alrededores de la iglesia se llenan de vecinos que acuden a “besar el pie izquierdo” de la imagen del Santo que dicen que es el patrón de la providencia.

Por la tarde es la procesión y los vecinos esperan expectantes la salida de santo.

Foto 2: A por la flor. Es costumbre que, al término de la procesión, los fieles tomen una de las flores de la carroza, ya que existe la creencia de que quien coge una flor tendrá pan y trabajo todo el año. Esta creencia está tan extendida que muchas personas, ante el temor de no llegar a tiempo, se lanzan sobre la carroza a medio camino, produciéndose en los últimos metros una avalancha humana casi imposible de contener.

Foto 3: El piropo. Una verbena castiza no se entiende sin chulapones que piropean a su paso a las transeúntes con graciosas y elocuentes expresiones de elogio.

Foto 4: El baile. La fiesta se extiende por todas las calles de los alrededores que, para la ocasión, están engalanadas con mantones, farolillos y altares profusamente decorados con la imagen del santo.

Por la noche, el ritmo de algún organillo acompaña para bailar un chotis para los entendidos o un pasodoble para el que se preste.

Foto 5: Diversidad. En los últimos años se ha producido una marcada transformación en estos barrios que, con la inmigración y la diversidad, han cambiado su fisonomía social.











Menciones honoríficas

Moros y Cristianos de Benamahoma

José Luis Gallego Avilés

Las fiestas de moros y cristianos se celebran en España en tres zonas o áreas diferenciadas: Levante, Aragón y Andalucía.

Las fiestas de la Comunidad Valenciana son las más conocidas y populares. En rasgos generales, se caracterizan por el desfile con disfraces lujosos y llamativos, a la vez que se va utilizando la pólvora. La disputa de ambos bandos se centra en el castillo, que alternativamente conquistan el bando cristiano y el moro, separados por dos actos o jornadas, y que termina con la conversión del jefe moro y su ejército.

En Aragón, la fiesta de moros y cristianos forma parte de un complejo más amplio, denominado "Dance", donde el baile ocupa un lugar predominante.

En Andalucía, la fiesta se celebra en poblaciones que, en su mayoría, se agrupan en macizos montañosos de la Penibética, en las provincias de Granada y Almería, y también en la provincia de Jaén. En la zona Occidental nos encontramos el núcleo de la Serranía de Ronda y la fiesta más occidental es la de Benamahoma, en Cádiz.

El trabajo se centra precisamente en la fiesta de moros y cristianos de Benamahoma, apreciándose rasgos comunes con las demás fiestas andaluzas de este género. En Benamahoma las fiestas se celebran en el primer fin de semana de agosto. Es una población de menos de quinientos habitantes, en pleno Parque Natural de Sierra de Grazalema. La indumentaria de los disfraces, tanto de los moros como de los cristianos, es modesta e incluso pobre, apreciándose el uso de mantas de rayas, o lisas, en el disfraz de los moros; y en el caso de los cristianos, sus atuendos imitan los uniformes medievales. Ambos bandos usan escopetas de caza, arcabuces, abundando sobre todo los trabucos, y algún sable o espada. Las armas de fuego llenan de pólvora el ambiente, avisando a la población y a los visitantes de las luchas entre ambos bandos.

El desarrollo de la fiesta de Benamahoma gira alrededor de la posesión de la imagen del patrón del lugar, san Antonio, que primeramente sale de la parroquia custodiado y portado por los cristianos. Durante el camino son sorprendidos por los moros; este primer encuentro se realiza en la plaza de toros de Benamahoma. Las disputas comienzan con los "insultos" en verso entre el capitán cristiano y el rey moro, y terminan con la lucha cuerpo a cuerpo. En esta primera jornada los moros vencen a los cristianos y se apoderan del santo que es llevado hasta la sede mora, donde permanecerá hasta el día siguiente. En los últimos años, cuando el santo ha sido robado por los moros, se le ha puesto una "túnica mora". Siempre delante del paso de san Antonio van la reina mora y la reina cristiana.

La segunda jornada comienza con la salida de san Antonio de la sede mora, recorre varias calles y tiene lugar también la "disputa" verbal entre los capitanes de ambos bandos y la lucha cuerpo a cuerpo entre todos. Finalmente llegan hasta el "nacimiento" del río Majaceite, donde los moros son bañados en el manantial por los cristianos, como si de un bautismo de conversión se tratara, aceptando así la derrota.











Un recuerdo del
traje llamado
"manto y saya"

Marco Zigniew Parzych

El traje llamado “manto y saya”, tan típico en el pasado de muchos pueblos españoles, ahora mismo ha desaparecido casi totalmente del panorama. En Tarifa, según los testimonios de algunas personas mayores, todavía recuerdan el uso del traje hace 30 o 40 años; hubo todavía mujeres que lo usaban para vestirse e ir a la misa de domingo. Existe una serie de postales antiguas de Tarifa, de principios del siglo XX, con varias mujeres vestidas con este traje.

“La saya y la mantilla son para la mujer española lo que el buen caldo y los chalotes para el cocinero francés; que la materia prima, sea la que fuere, se aliñe con esta mágica *sauce* picante y se habrá preparado en un momento una sabrosa *enirée*: la andaluza, cuando está en casa, donde sólo su marido la ve, es una cenicienta en el desaliño y apenas hace otra cosa que ponerse la enagua exterior y el velo, y ya está lista para ir a la iglesia” (Richard Ford, 1832).

La mantilla es el tocado femenino aborigen de Iberia, en cuyas primeras monedas, que son los libros de ilustraciones de la antigüedad, se les representa con forma de una mujer velada. El velo, que cubría completamente la parte posterior de la cabeza, se abre por delante; pero se considera que cubrir en parte las facciones, tanto en tiempo antiguo como ahora, es un adorno, la cara tupida o tapada, o sea, el rostro así envuelto, fue siempre respetado en España, de la misma manera que Mesalina envolvía bajo el manto de modestia sus adulterios imperiales.

“Este camuflaje es indudablemente de origen oriental ya que en Oriente las mujeres están dispuestas a mostrarlo todo menos la cara, porque estas cuestiones de honor son convencionales y no se crea que la costumbre está pasada de moda en Andalucía, porque sigue practicándose en Tarifa, donde las mujeres siguen usando la Mantilla de la misma manera que las árabes el Boorkó y de acuerdo con la actual moda egipcia del Tob y el Habarah, que consiste en no mostrar más que un ojo; éste sin embargo, punza y penetra, emerge del velo oscuro como una estrella, y la belleza se concentra en un solo foco de luz y significado. Estas tapadas están muy bien camufladas, y como todas ellas visten igual, van por ahí como en una mascarada, hasta el punto que se ha dado el caso de maridos descubiertos en el acto de hacerle la corte a sus propias mujeres. Estas miradas asesinas, dignas de los partos, han sido origen de bromas abundantes por parte de los ingenios españoles. Quevedo compara a estas fusileras con el abadejo, que significa dos cosas: reyezuelo o aguzanieves y catárida; esta comparación combina, por lo tanto, el meneo y el acicate. Tal era, sin la menor duda, la manera de usar la mantilla entre las coquetas fenicias”. “Ay” dice Ezequiel (XIII, 18) que conocía bien Tiro, “ay de las mujeres que se ponen pañuelos en las cabezas para cazar almas”. (*Reino de Sevilla— De Cádiz a Gibraltar por Los Barrios y Tarifa*, Madrid. Turner 1980, pág. 154.)

En esta muestra fotografica estoy intentando mostrar la belleza del traje antiguo, haciendo el trabajo en pleno casco antiguo de Tarifa nos hemos encontrado con muchas miradas sorprendidas por aparecer cuatro señoras vestidas en negro; solo muy poca gente era consciente de que no eran monjas, sino mujeres vestidas de forma típica, antigua, la moda de vestir que ya ha pasado hace cien años. Mi intención era revivir el uso de manto y saya en los encuentros tradicionales como la llegada de la Virgen de la Luz para que no sea totalmente olvidado en el sitio donde estaba en uso mucho tiempo.



El primer cuadro "una vez a una" fue el primero de una serie de cuadros que se pintaron en el interior de la iglesia de San Juan de los Rios, en Madrid, entre los años 1660 y 1665. El cuadro muestra a una mujer en un vestido negro, con un velo que cubre su rostro, y a un hombre en un vestido blanco, con un sombrero que cubre su rostro. El hombre parece estar hablando con la mujer, y ella parece estar escuchando. El cuadro es una obra maestra de la pintura barroca española, y es una de las obras más importantes de la serie.

En esta obra, el artista ha utilizado un lenguaje visual muy rico y simbólico. La mujer, con su vestido negro y su velo, representa la pureza y la castidad. El hombre, con su vestido blanco y su sombrero, representa la sabiduría y la experiencia. El cuadro es una obra maestra de la pintura barroca española, y es una de las obras más importantes de la serie.









“De puerta en puerta”

Juana María López Rojo

Una puerta no es solamente un vano abierto en un muro que sirve para entrar y salir. La puerta de una casa es su cara, y de su apariencia depende en gran parte la imagen que se quiera dar a la totalidad de la vivienda. Por ello, los adornos, los colores, los metales, los símbolos, los sonidos. Sólo necesitamos pararnos delante de cualquier puerta, observar y conocer.

Foto 1: Aldabas en forma de mano. Una aldaba es una pieza de metal que se pone en las puertas para llamar dando golpes. Sirve además como tirador. En las de la imagen, se descubre una influencia del arte árabe, posiblemente de las “manos de Fátima”. Por lo visto, dan suerte y protegen la casa. Son todas de la provincia de Málaga.

Foto 2: Cerraduras. Una cerradura es un mecanismo de metal que se incorpora a la puerta, para impedir que se pueda abrir y así proteger la vivienda. La llave encaja en la cerradura por el “ojo”, un agujero situado en la parte central de la cerradura. Las tapas de las cerraduras tienen un carácter simbólico muy extendido y variable según las regiones. Algunas son en forma de corazón de Jesús, otro elemento para atraer la protección. 1ª, 2ª, 5ª y 6ª son de Guadalajara; 3ª de Albarracín y 4ª de Morella.

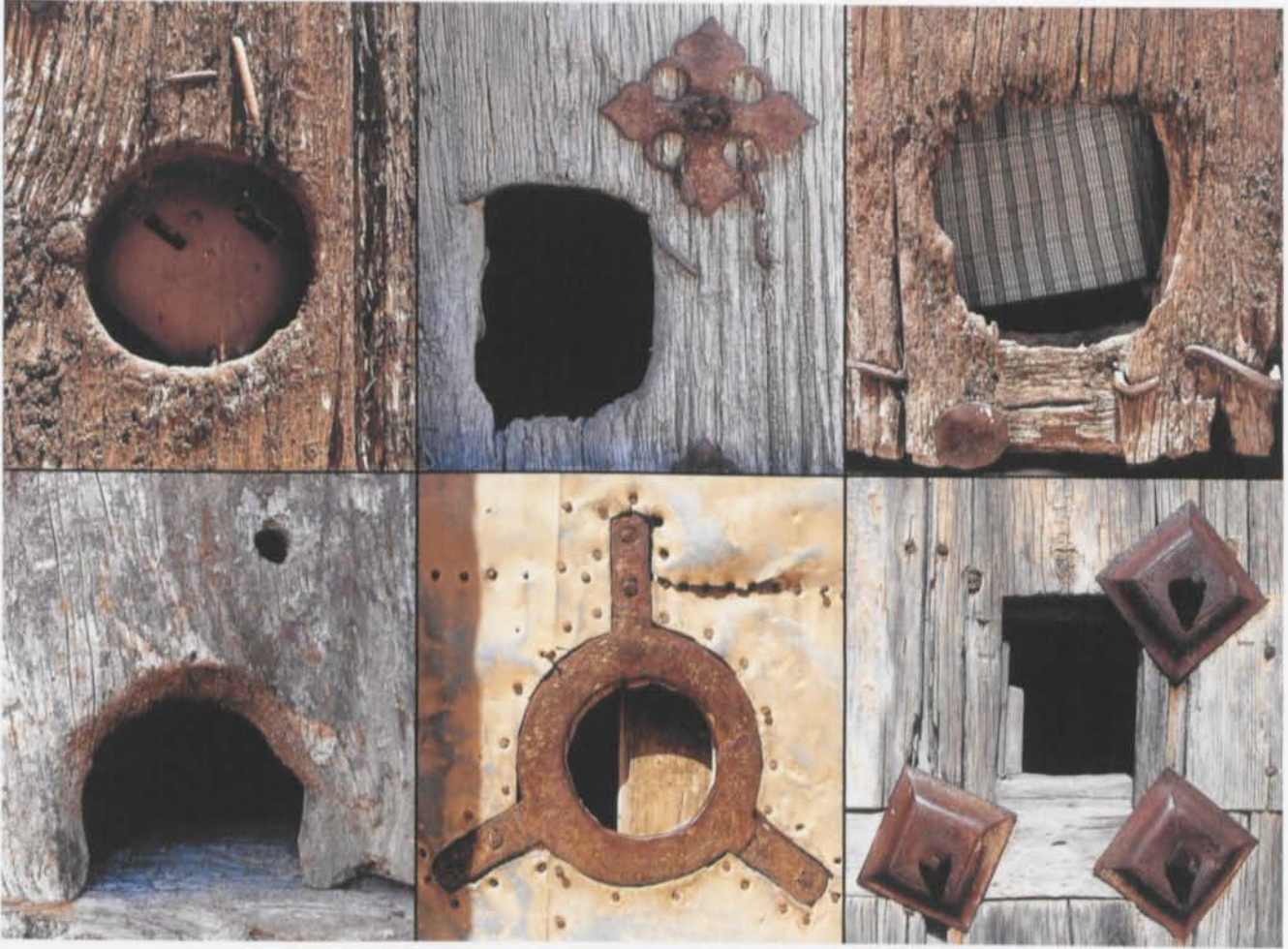
Foto 3: Gateras. Vano que se hace en la parte baja de la puerta para que el gato de la casa pueda entrar y salir libremente. Todas son de la provincia de Guadalajara.

Foto 4: Cerrojos. Barra de hierro, con manilla en forma de T que está sostenida horizontalmente por dos armellas, y que entrando en otra o en un agujero sirve para cerrar y ajustar la puerta con el marco. Algunos más rústicos son incluso de madera. 1º, 2º y 3º de Guadalajara; 4º Teguise.

Foto 5: Llamadores. Los tres primeros son de la provincia de Guadalajara, y el cuarto de Albarracín (Teruel).











Juegos tradicionales en España

Cándida Lopesino Sabín

No existe en el mundo otra manera de socialización más perfecta que el juego. El juego es una forma de manifestación humana que responde a imperativos biológicos generadores de cultura.

La afición por los juegos es un impulso individual, pero, a pesar de que muchos juegos parecen ser comunes a culturas de diversas partes del mundo, no cabe duda de que los juegos son el espejo de cada civilización.

Fue el rey Alfonso X el Sabio quien recopiló el primer libro de juegos en Europa *Libro de los juegos*. En España estos juegos populares y tradicionales se han conservado mucho mejor en la zona norte del país, por su carácter conservador, que en la zona sur, debido a las diferentes influencias culturales que han sufrido a lo largo de la historia.

No siempre el juguete en sí es necesario para el desarrollo normal del niño; lo fundamental es el jugar. Cualquier cosa puede servir para jugar. Los niños más activos tienen mayor calidad de vida y mejoran su autoestima.

Los juegos de manos y con cuerdas son un momento de recreación importante en la estructuración física de la personalidad naciente en un niño.

Las rondas y los juegos grupales favorecen en los niños la colaboración con los demás, respetando los turnos y aprendiendo con la imitación.

Hoy en día, el individualismo impera en la infancia. La práctica de estos juegos populares es muy escasa, y muchos de ellos se han perdido a favor de otros juegos o deportes presentes en los medios de comunicación.



The world is a beautiful and mysterious place, and it is our duty to explore it and discover its secrets. We must not be afraid of the unknown, for it is there that we find the greatest adventures and the most profound truths.

Let us embrace the challenges of life with courage and determination, for it is in the face of adversity that our true strength is revealed. We must never give up, for the journey is just as important as the destination.

Remember, the world is full of wonders and beauty, and it is our responsibility to protect and cherish it. Let us walk with grace and integrity, and may we all find the path to a better and more meaningful life.









Reportajes seleccionados

Ganaderos del Alto Tajo

José Miguel Chamorro Valencia

La “Fiesta ganchera” tiene sus orígenes en uno de los oficios más antiguos y peligrosos de las gentes de numerosos pueblos del Alto Tajo: el transporte por vía fluvial de los troncos talados de los bosques de esta zona serrana hasta las serrerías de Aranjuez.

Se trata de una fiesta que rememora aquellas actividades tradicionales. Se celebra de forma rotativa en los pueblos que componen la Asociación de Municipios Ganberos del Alto Tajo: Poveda, Peralejos, Zaorejas, Taravilla y Peñalén.

Esta actividad, que antiguamente tardaba un mes en hacer su recorrido, hoy se realiza en un pequeño tramo. Se emplea una mañana en echar los troncos al río, transportarlos montados en ellos y conduciendo otros con los ganchos unas veces y, si lo permite el caudal, haciendo pie en el fondo del río. Se empujan con las manos o haciendo palanca en las piedras, pues es fácil que se atranquen y atravesen en su recorrido. Finalmente se sacan del río con las mulas.

La fiesta se ameniza con música de dulzainas y tamboriles. Muchas gentes visten trajes típicos de la zona y algunas de ellas reparten dulces y aguardiente a las numerosas personas que asisten al festejo.











La rosa del azafrán

Abelardo Peinado Villodre

Azafrán, oro rojo, oro de La Mancha. Cultivo ancestral que en otros tiempos estuvo tan arraigado, tan extendido, que llegó a ser un modo de vida en muchos de nuestros pueblos.

En época de recolección y monda, el paisaje se torna azul y el profundo e intenso aroma a azafrán recién tostado invade hasta el último rincón. En los *días de manto*, días de máxima floración, el bullicio de gentes es vertiginoso. Es un constante ir y venir de lugareños con nervios y con prisas, pues la rosa del azafrán es una flor muy delicada que conviene recoger en el mismo día y a ser posible a primera hora; con el frescor de la mañana, porque cuando sube la temperatura las flores se abren, se enmarañan unas con otras y con el espartillo, con lo que la labor de la recogida se convierte en mucho más lenta y laboriosa. Ya lo dice una copla popular:

*La rosa del azafrán
es una flor admirable
que nace al salir el sol
y muere al caer la tarde*

La *monda* también conviene hacerla el mismo día de la recogida porque la rosa del azafrán se deteriora muy pronto; a la mañana siguiente está prácticamente podrida. Ante tanta premura de tiempo, cualquier ayuda, *echar la pata*, es bien recibida.

La monda es punto de encuentro y de tertulia alrededor de la mesa. Sin dejar de mover los dedos de color azul amarillento, la gente se cuenta los últimos chismes del pueblo y los chascarrillos, sucedidos y cuentos escuchados a sus antepasados y que por *transmisión oral* pasan de generación en generación hasta los chiquillos, que, sin parar de dar guerra, no se pierden detalle de lo que los mayores cuentan.

*Mi novia está de rosera
con Manuela la Poyata
esta noche si Dios quiere
tengo que ir a echar la pata*

Después de la monda, una vez bien limpio el azafrán, es necesario tostarlo. Se pone una fina capa de azafrán en un cedazo y se coloca en una tostadera con ascuas. Se deja a fuego lento hasta que está tostado; lo suficientemente deshidratado para que aguante mucho tiempo sin estropearse, pero en su justo punto para que no pierda ni un ápice de su aroma, de su color, ni de su sabor.

Mundo de cultivadores artesanos donde la maestría, las costumbres y el toque personal en el tueste se transmiten de padres a hijos. Mundo de objetos: cedazos, tostaderas, cestos, romanas... Mundo de pesas y medidas: cuadra, celemín, arroba, libra, onza... En definitiva un mundo lleno de tradiciones pero curiosamente también vanguardista. El *reciclado*, tan indispensable y tan de moda en la actualidad, ya se practicaba de alguna manera hace muchos años en el cultivo del azafrán, pues las balanzas, necesarias para el pesado del azafrán recién mondado, la gente se las fabricaba con latas de conserva vacías.

Uno de los últimos reductos donde todavía se puede observar el ritual de este cultivo en su forma más tradicional y percibir el aroma de la rosa recién cogida y del azafrán recién tostado es en Minaya, en la provincia de Albacete.











El toro

Carlos Luis de Andrés del Palacio

FE DE ERRATAS

Autor del reportaje: CARLOS DE ANDRÉS
Autor del texto: JUAN SOTO VIÑOLO

Cuando el toro nigérrimo de Osborne remata, altivo, el altozano corneando las nubes algodonosas con sus astas cornivueltas y astifinas, el bicorne de los testes y el rabo de hierro toma cuerpo, nervio, sangre y vida para echar a correr por campos y talanqueras o embestir hasta la muerte en las plazas los días feridos de vino y Paquito el chocolatero. Es el toro, el tótem ibérico, hijo del *bos taurus* descendiente del *uro salvaje* de los bosques lituanos en 1620, el miura asesino y legendario de hoy. El culto al *bos taurus* empieza a considerarse fundamental a raíz de la aparición de pequeños grupos escultóricos en la Edad de Bronce representando altares votivos.

Los toros de Guisando y el toro de Salamanca, reses de piedra e historia, precedieron al ejemplar de Osborne en la geografía española, cuna nutricia del toro bravo.

En la Península Ibérica la piel de toro glosada por Salvador Espriu se cruzaron el uro salvaje con el uro domesticado proveniente de Asia y así surgió el toro durante el período de Al Ándalus. De ahí sus raíces andaluzas, la tradición de la tauromaquia moderna en la Ronda de Pedro Romero. En las primitivas culturas ibéricas, el significado del toro se diluye entre ritos y magias. Inspira una adoración religiosa. Provoca creencias totémicas. Informa unas costumbres y termina siendo medida de valor y destreza del hombre que se le enfrenta hasta darle muerte o morir en sus astas.

El toro era un símbolo mitológico y venerado en algunas culturas que empezó a ser reclamado para fiestas populares en recuerdo a las épocas en que se cazaba y reunía al animal para obtener su carne. En estos primitivos encierros estuvo el origen de la corrida actual, el protagonismo omnipresente de la res. Se tiene constancia de juegos de toros ya en 1215 en la localidad segoviana de Cuéllar en los que se prohibía “correr toros a los clérigos”. El *corre de bou* de Cardona (Catalunya) data del siglo XV.

Desde el siglo XIII hasta el recién nacido siglo XXI, el toro campa por el campo y los alberos, bravo y agresivo, mortal y manso. No en vano, en las milenarias culturas taurinas de la Meridionalidad, el toro fue el emblema de los dioses solares y agrícolas, el símbolo y protagonista de las fiestas populares, pero también de las artes, la pintura goyesca, la poesía lorquiana, la novela, la música, el teatro. El cincoño encarna el simbolismo antropológico y erótico de la lidia, el sentido religioso o de sacrificio implícito de la tauromaquia.

El astado, negro, bragado y meano, es el actor primigenio y principal del rito táurico, espectáculo y cultura ancestral de raíces mediterráneas y latinas. El juego del hombre con el toro bravo se remonta a más de 2000 años atrás con evidencias conocidas en la isla de Creta, donde las púberes canéforas practicaban las piruetas volteando sus cuerpos parcialmente desnudos por encima de las cabezas de los uros.

No es posible un verano sangriento sin el bicorne descrito por Ernest Hemingway, sin los bestiarios de Henry de Montherlant ni la sangre ni la arena de Vicente Blasco Ibáñez, sin la biblia del Cossío en los escenarios redondos y arenosos de España, Portugal, Francia, México, Colombia, Ecuador y Perú. Ahí está en la cumbre del altozano el bravo para correr con buen tranco de Sevilla a Madrid, de Pamplona a Nimes, la Roma francesa. Pervive en el siglo XXI porque ha sobrevivido a las prohibiciones de Alfonso X el Sabio, otros reyes y Papas, y es que aunque sus detractores literarios son muchos, desde Eugenio Noel a Manuel Vicent sus raíces están en el pueblo llano, en la tradición y en la antropología y cultura popular de la Mediterránea.

El toro al fondo de la carretera, arriba en la colina negro sobre azul desafiante y hermoso, el más bello animal, el rey del redondel y de la naturaleza.











Los chozos de piedra

Félix Carreto Martín

Los chozos o cabañas de mampostería son refugios contruidos con la piedra autóctona, en unas zonas granito, en otras pizarras, incluso cuarcita o mezcla de varios tipos de piedra.

Predominan en el oeste y centro peninsular, aunque la muestra fotográfica procede del oeste salmantino, concretamente de la zona denominada "Arribes del Duero", donde destaca la roca granítica pero también la pizarra y cuarcita están presentes.

El hecho de que estas construcciones pueblen el paisaje en dicha comarca se debe a la conjunción de dos factores determinantes: la proliferación de minifundios y un relieve quebrado que condiciona por ende su ubicación.

Su construcción es circular, con gruesos muros de mampostería en seco, de anchura variable unos 60 cm en los chozos pequeños y unos 80 cm en los mayores, requisito indispensable para asegurar con garantía el cierre del techo, que termina en falsa cúpula por aproximación de hileras.

La altura del conjunto suele oscilar entre dos y dos metros y medio en el punto más alto, que es el centro. La puerta es relativamente pequeña con el fin de reducir al máximo la penetración de la lluvia y el viento y está formada por las dos jambas y el dintel, cuando en el entorno existen grandes losas, y se realiza con bloques de diverso tamaño. Cerrada la techumbre, se suele cubrir con tierra compacta que la impermeabiliza y protege de la lluvia y el viento.

Algunos chozos, aunque en contados casos fueron la única morada del pastor durante largos periodos del año, tienen una construcción mas amplia, con nichos en los gruesos muros para colocar viandas y enseres domésticos, incluso con puerta de madera y cerradura. Los pastores dormían en el suelo, sobre jergones que eran sacos repletos de hojas secas de maíz, de acederas secas o de otro mullido vegetal.

Al tratarse de un terreno quebrado, se ubicaban en la parte más elevada de la finca para otear mejor el horizonte y controlar el ganado. Cabe reseñar la orientación de la puerta, siempre mirando al Nordeste, ya que en esta comarca llovía casi siempre con el viento soplando del Sudoeste; de este modo el agua no penetraba por la puerta.

El cambio del modo de vida en el ámbito rural deja abandonados a su suerte estos chozos que hasta mediados del siglo XX fueron indispensables para el campesino en el desarrollo de la actividad agropecuaria.

A pesar de todo, ahí siguen esos chozos para conjurar el tiempo: lo mismo sirven para refugiarse del calor del verano que de las heladas del invierno, lo mismo para el otoño ventoso que para la primavera de madrugada o de atardecer. En ellos nos escondíamos los chavales no para desaparecer sino para descansar. Eso son estos chozos castellanos, un descanso.

Dentro de estos chozos se esconden historias de todo: desde historias de desapariciones hasta historias de apariciones, desde refugio para enamorados hasta para lágrimas de amores no correspondidos, desde refugios para soledades repentinas hasta alborozos para contentos inesperados. Estos chozos guardan secretos confesables e inconfesables. Usted va por un camino adentro y siempre le aguarda un chozo; usted se topa con un aguacero, una tormenta y ahí está el refugio del chozo; usted vislumbra en lontananza una sospecha y ahí está el chozo.

Son construcciones extremadamente originales, como se aprecia. Piedra sobre piedra, sin argamasa, sin nada que las una, sólo una pétreo consistencia. Por los caminos de los Arribes, que son caminos que se las traen, porque son caminos en declive que conducen siempre hasta las profundidades del Duero, surgen estos chozos cuando menos te lo esperas, o cuando más los esperas, que es cuando de verdad los necesitas.

Están hechos para estar ahí, esperando, sin que sepas cuándo llegas. Pero siempre eres bien llegado, carecen de la fama de las catedrales, pero ni importa ni la necesitan; carecen del embrujo de los monasterios, pero para qué; carecen de la majestuosidad de los castillos que tanto abundan pero cumplen una función parecida, aunque anónima.

Nadie sabe quién los construyó, pero ahí están, esperándonos, eternamente esperándonos contra viento, aguaceros y calores.











Puertas en el campo

Félix Carreto Martín

Estas puertas fueron construidas para facilitar el acceso a las fincas a las personas y al ganado en zonas de minifundios y donde los huertos proliferaban en torno al núcleo urbano en pueblos y aldeas.

Su construcción simple, utilizando la piedra autóctona, forma parte del paisaje rural donde las cercas de piedra han ido, a través de los años, formando un denso entramado pétreo que delimita definitivamente cada propiedad concretamente en zonas del Oeste de Castilla y León donde procede esta muestra fotográfica

El gusto por el arte queda reflejado de forma fehaciente en estas puertas, si consideramos que para abrir el paso a una finca no era necesario tanto derroche de energía. Bastaría con dejar la abertura a la misma altura de la cerca adoptando una forma más simple.

Parece como si la puerta simbolizara algo más que una simple entrada. Se le da forma, se adorna con piedras de canto bien aprisionadas entre sí para contribuir a la solidez del conjunto en unos casos. En otros, prima la solidez sobre el adorno, pero siempre se busca una forma de dejar la impronta de los artistas, siempre anónimos, que contribuyeron a crear una gran variedad en este tipo de arquitectura, dejándonos además la seña de identidad de cada aldea, en cada comarca.

Con los avances tecnológicos y la transformación del mundo rural por medio de concentraciones parcelarias, estas puertas también van desapareciendo paulatinamente; unas veces por el abandono y deterioro, otras son simplemente destruidas para recuperar la piedra con otros fines. Sólo aquéllas que dan paso a los huertos en el entorno del casco urbano parecen aguantar el paso del tiempo.

En pleno campo curiosamente algunas han perdido definitivamente su función; así, podemos ver una puerta trancada con puerta de piedra para que nadie pase, o para que nada salga.

Estas puertas que son la resistencia de lo perdurable, el desafío al pasado y al futuro, el empeño de que lo que para algo sirvió desea seguir sirviendo, coto de propiedad de algo que ya queda a la intemperie. Había que cerrar las cortinas, había que diferenciar los prados, había que dejar constancia de documento de propiedad en piedra, puertas que se niegan a morir.











Fiesta de los verdiales

Juan Miguel Alba Molina

Cada año, el día 28 de diciembre se celebra en la *Venta de San Cayetano*, situada en la localidad del Puerto de la Torre de Málaga, la *Fiesta Mayor de Verdiales*. En ella concurren numerosas pandas (grupos de músicos y cantaores) de los pueblos de la provincia con distintos estilos de cantes y allí se dan cita en la festividad de los Santos Inocentes miles de malagueños, a la vez que degustan platos típicos de la zona, como el lomo de orza, regados por un buen vino de los montes.

Esta tradición data del siglo pasado cuando las citadas bandas de verdiales se juntaban para hacer colectas a favor de los que estaban presos siendo inocentes. Según algunos, los verdiales son los antecedentes “prehistóricos” del flamenco; su origen en realidad es desconocido aunque se cree que puede ser una danza fenicia adaptada a ritos cristianos.

Los verdiales son bailados con castañuelas adornadas con largas cintas de multitud de colores y acompañadas por guitarras, violines de dos cuerdas y minúsculos platillos de metal. Los hombres se engalanan con sombreros artesanales con multitud de flores de múltiples colores, espejos y cintas.

La copla es la clásica cuarteta, a veces convertida en quintilla, y el baile, normalmente por parejas, gracioso y sencillo, se danza con alpargatas adornadas con cintas de vistosos colores atadas a las piernas.









Recogida de la mies

Olga Albarrán Caselles
Juan José Albarrán Pérez

La recolección de la cosecha es una tarea que hoy se hace de forma mecanizada en nuestro país. Las poderosas máquinas cosechadoras han arrinconado hoces, bueyes, mulas, trillos y carros, y han aliviado el trabajo que hasta hace medio siglo los agricultores llevaban a cabo con mucho sudor. Para enseñar a las nuevas generaciones cómo hacían esas faenas sus abuelos, en muchos pueblos se organizan fiestas de la siega o de la trilla en las que por unos días se regresa a un tiempo olvidado con gran rapidez.

Estas imágenes que se muestran no pertenecen a ninguna de esas fiestas. Corresponden a un reportaje realizado en una zona montañosa de Castilla y León en la que no hay acceso para las máquinas, y unas familias de edad avanzada llevan a cabo todo el proceso a la manera tradicional. Cosechan cereales para alimentar a los pocos animales de que disponen y, en cierto modo, por inercia. Siempre han hecho eso y si lo dejaran no sabrían en qué ocupar sus vidas.

La siega es una práctica ancestral en nuestra civilización. Es la fase que cierra el ciclo del trabajo agrícola. Éste comienza con la preparación de la tierra, en la que el labrador clava el arado, arrastrado de forma trabajosa por la yunta de vacas, utilizándose en el pasado también bueyes, caballos, asnos o mulas. Una vez removida la tierra, el sembrador deposita en ella la semilla. Lo hace de una manera ceremoniosa y rítmica, como corresponde al rito de la ofrenda por excelencia a la madre Naturaleza.

Para obtener buenos frutos, durante el invierno se lleva a cabo la labor de recalce, con pequeños arados de varas, y se destripan los terrones que se forman al secarse los surcos, después de los meses invernales. Antes de que el trigo crezca demasiado era normal escardar para que las malas hierbas no se apoderaran de la cosecha, operación en la que tradicionalmente solían participar los adolescentes, ya entrado el mes de mayo y con los campos floridos y hermosos.

En julio esperan los trabajos más rudos, los de la siega, bajo el implacable sol. Se hacen a golpe seco de la hoz, doblando la espalda, con la cabeza hundida entre la mies y sudando a chorros. Hasta el éxodo rural de comienzos de la segunda mitad del siglo XX, verdaderos ejércitos de segadores llegaban desde Galicia, Asturias, Extremadura y Andalucía a las inmensas llanuras de Castilla y León. Al terminar de abatir las mieses regresaban con unas pocas monedas metidas entre la faja. Era su salvación para pasar el duro invierno, si no habían tenido la fatalidad de ser robados por los salteadores de caminos.

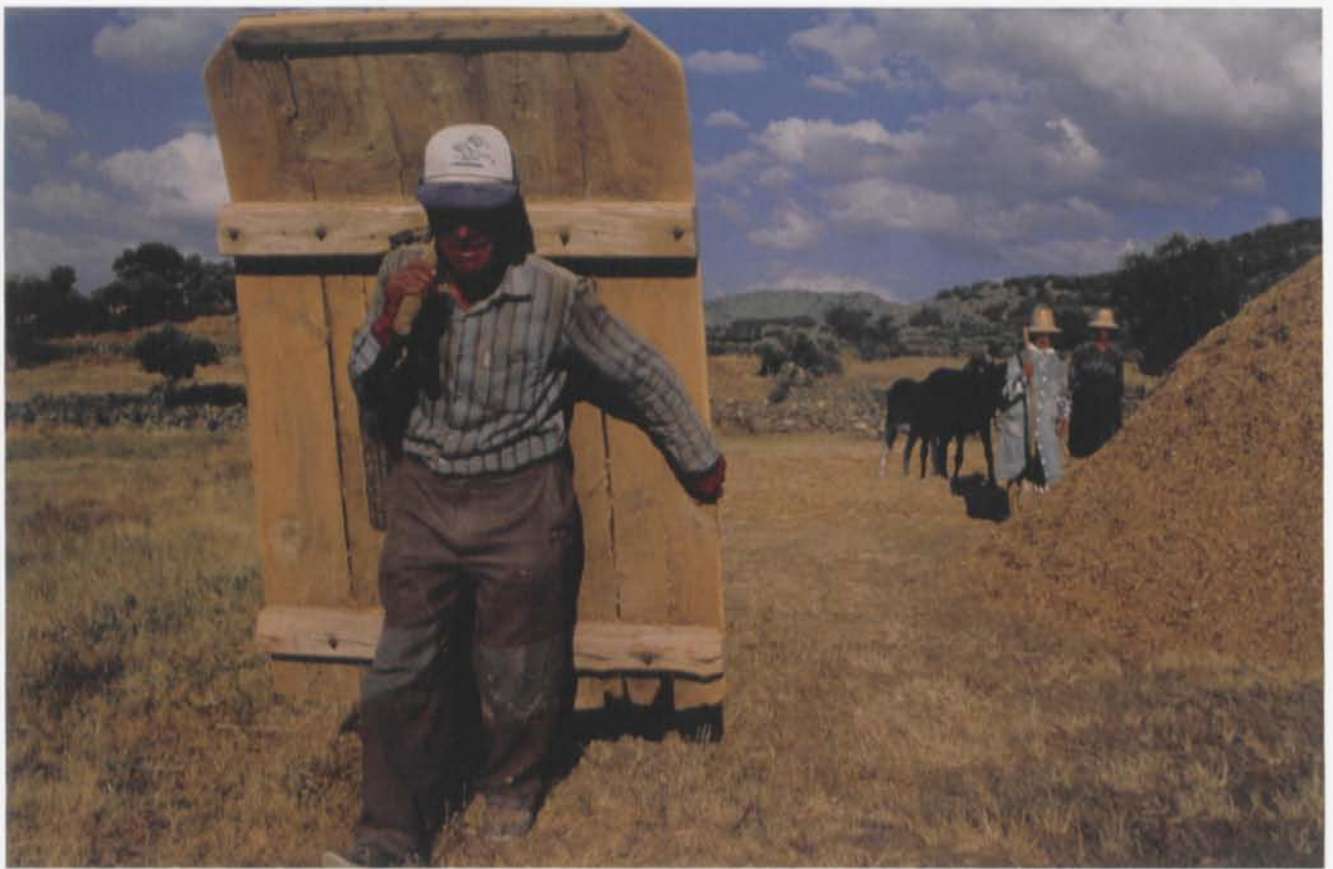
Las gavillas que dejan los segadores atravesadas sobre los surcos se recogen a brazadas y se atan los haces bien apretados para que no se deshagan al ser transportados. Los labradores forman con ellos torres cuidadosamente elaboradas para evitar que los carros vuelquen y los hacinan en la era con orgullo; antiguamente, la magnitud de la hacina indicaba la esplendidez de la cosecha.

La mies recolectada se vuelve a esparcir en la parva, dispuesta para la lenta faena de la trilla. ¡Cuántas horas consumen los trilliques sobre la tabla de pedernales que corta las cañas del trigo o la cebada, al ritmo cansino de la yunta! Y por fin la limpia. ¡Con qué garbo manejan el bieldo! Ha llegado el momento del éxtasis. Así lo denota la mirada clavada sobre el grano que cae limpio de paja formando el muelo. Viéndoles encaramados en la pella desparramada, alguien pensaría que están en plena ofrenda de acción de gracias. Y no andarían muy des caminado. Ver la mies en la era produce quizás los goces más intensos y puros a los agricultores.











Fragua

Juan José Albarrán Pérez

La fragua de Tío Joaquín tiene los días contados, a sabiendas de que la del herrero es una actividad tan vieja que hasta entre los dioses griegos estaba Hefesto, el herrero con su fragua volcánica. Antes de la revolución industrial, el herrero era un artesano esencial en cualquier pueblo, cuyo trabajo se ha visto transformado en la actualidad por las técnicas de producción en masa, reduciéndose la demanda de sus servicios a cuestiones muy específicas. La fragua o herrería representaba en aquellos tiempos lo que hoy es el taller para los automóviles.

El herrero y sus utensilios han desaparecido de nuestro vocabulario, pero aún se puede encontrar alguna de esas edificaciones de aspecto negruzco, que evocan multitud de recuerdos y añoranzas en las personas mayores, dado que las fraguas eran centro de tertulia de los hombres del pueblo. Entre afilar las rejas de arar o labrar alguna pieza para un carro, siempre había tiempo para comentar la actualidad, aderezando la charla con una pinta de vino.

Fuelle, tobera, bigornia, campana de la chimenea o yunque son algunos de los elementos esenciales de la fragua. El fuelle es de dos vientos, produciendo corriente tanto al subir como al bajar, con lo que el flujo de aire es constante. Una vez encendido el fuego y con el hierro al rojo vivo, el herrero labra los objetos a golpe de martillo sobre el yunque, dándole la forma deseada, introduciéndola a continuación en un pilón lleno de agua, para darle temple y enfriarla.

Pocos artesanos usan la fragua en estos tiempos por la existencia del gas y de aparatos que funcionan con petróleo y otros combustibles más rápidos y eficientes. No obstante, tiene sus partidarios. La fragua usa carbón de hulla que después de encenderse se mantiene incandescente durante mucho tiempo, alcanza rápidamente altas temperaturas concentradas en el área necesaria para calentar el hierro y a un mínimo coste.

Una de las actividades tradicionales del herrero consiste en el herraje de las caballerías, generalmente caballos utilizados en actos festivos y en el turismo ecuestre, pues los de tiro ya no se utilizan en casi ninguna labor del ámbito rural y menos aún del urbano. Al caballo se le hierra para proteger los cascos de golpes y desgastes y para mejorar los balances de sus extremidades, con objeto de mejorar su rendimiento en el trabajo o en el deporte y para prevenir posibles lesiones óseas o musculares.

Antes de herrar al caballo, el herrero prepara la herradura y los clavos mediante la forja, calentando el hierro a altas temperaturas en el fogón, dándole la forma apropiada a golpes de martillo sobre el yunque. La fijación de la herradura se realiza mediante clavos específicos hechos de un acero dulce, relativamente blando. Además de herraduras y clavos, el herrero elabora objetos de hierro o acero, utilizando herramientas fabricadas por él mismo.

Uno de los aspectos fundamentales en el herraje del caballo es ajustar la herradura al casco y no a la inversa. Para colocarla de forma adecuada, el herrero modifica la justura o curvatura de la herradura a fin de adaptarla al tamaño del casco, golpeándola con el martillo de forjar en el yunque. Para orientarse en este proceso el herrero toma como referencia la línea blanca del casco y la punta de la ranilla.

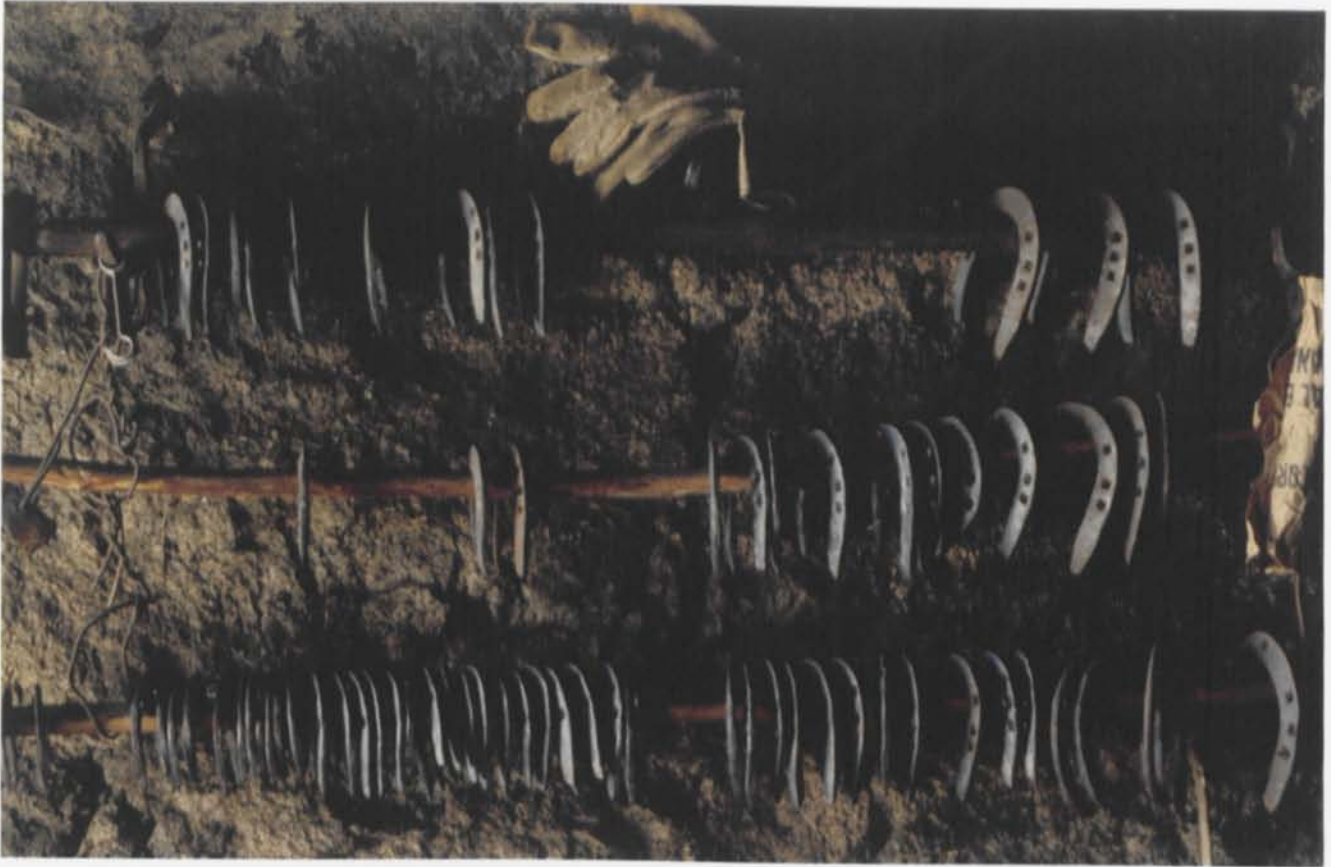
Para herrar hay una variedad de utensilios que tienen una función específica. Tenazas de corte: tienen filo y se utilizan para recortar el exceso de muralla del casco. Tenazas para herrar: se utilizan para quitar la herradura vieja. Tenazas de boca de lagarto: se utilizan para roblar y remachar la punta libre del clavo. Pujavante: especie de espátula alargada y plana para cortar el exceso de crecimiento de la palma y la ranilla del casco y poder asentar correctamente la herradura. Escofina: lima con mango de madera que se utiliza para nivelar la pared del casco con su cara áspera; la cara suave se utiliza para acordonar y dar el acabado a las robladuras. Gancho para limpiar los cascos: se utiliza para limpiar la palma del casco. Cuchilla de redoblar o machete para herrar: se utiliza para desdoblar las roblas o enderezar la punta de los clavos. Martillo de forjar: se usa para modificar la justura de las ramas de la herradura. Martillo de herrar: sirve para aplicar los clavos y para recortar el exceso de clavo al roblar. Botapuntas: su extremo puntiagudo se usa para sacar los clavos que se atorán en la muralla del casco. Yunque para ajustar herraduras: pequeño bloque de metal utilizado por los herreros para apoyarse al modificar la justura y roblar los clavos. Como protección personal, el herrero utiliza mandil o chaparreras de cuero de cabra y gafas que protegen el cuerpo del calor y de las chispas del fuego. Como talismán, se dice que la herradura trae buena suerte, a condición de habérsela encontrado y de colgarla adecuadamente con las puntas mirando al cielo.











Oficios que se extinguen

Luis Miguel Ruiz Gordón

Oficios centenarios, incluso milenarios, cuyo origen se pierde en la más lejana de las generaciones pretéritas, están abocados a desaparecer en nuestros días. En la era de la electrónica, de las prisas, del mundo virtual y de tantas otras realidades que arrasan las actividades artesanas nacidas del tiempo, del esfuerzo, del conocimiento, del entorno y de las tradiciones.

Foto 1: EL CESTERO. La cestería combina el conocimiento de las plantas y de su adecuado tratamiento con la habilidad y la sabiduría propias del maestro curtido por el tiempo y la experiencia. Tallos de eneas y espartos o varas de mimbres y fresnos son algunas de las materias primas que se han utilizado tradicionalmente para elaborar una variedad ingente de recipientes, muebles y adornos con múltiples aplicaciones domésticas y festivas. En la imagen vemos a Manuel, uno de los últimos cesteros de Zamora en la localidad de Moralina, durante el proceso de trenzado de las varas para la elaboración de un cesto.

Foto 2: EL PESCADOR. Todavía resulta común ver a los pescadores realizando la sufrida tarea de arrancarle al mar alguno de sus frutos, pero es menos habitual encontrar pescadores de agua dulce, que hasta hace poco tiempo faenaban en las aguas de los ríos para comercializar su pesca en las zonas de interior. La imagen la protagoniza uno de los últimos pescadores del Duero, Abundio, un hombre que hasta hace muy poco tiempo seguía tirando sus redes para abastecer a los vecinos de Castronuño, en la provincia de Valladolid.

Foto 3: EL LABRADOR. Una estampa que hace pocos años era relativamente común por los campos de toda la geografía española es la del labrador trabajando el campo con el arado tirado por las bestias. Mulas, bueyes y asnos han sido tradicionalmente los animales más utilizados para tales menesteres. Hoy son muy pocas las personas como Sebastián, que todavía utiliza burras zamoranas para labrar el patatal. Este método ecológico y sufrido para cultivar las tierras se extingue. La mecánica y el abandono del campo están acabando con aperos, caballerías y costumbres ancestrales. Zamora.

Foto 4: EL TEJEDOR. ¿Desde cuándo se tejen mantas, jarapas, colchas, alfombras... y tantos otros complementos para el uso doméstico y comercial? La industria textil actual no tiene nada que ver en el proceso ni con las materias primas de los procedimientos artesanos tradicionales. Felicísimo es uno de los últimos tejedores artesanales que todavía pasa largas horas en su telar, y desde allí transmite sus conocimientos a quien quiera aprenderlos para recoger el testigo que él mismo recibió de sus antecesores. De este modo se podrá conservar su arte, el de tejer con hilos o trozos de tela. Zamora.

Foto 5: EL RABELERO. Pocos, muy pocos, son capaces de fabricar un rabel de tres cuerdas a base de golpes de hacha, un instrumento cuyo origen se pierde en el medioevo. Una buena pieza de madera adecuada, una banqueta, el hacha bien afilada y un manojo de crines de equino son suficientes para construir sonidos ancestrales. Este es el trabajo de Amador, el último artesano de Porto, en Zamora.











Chamineras del Pirineo

Jesús Antonio Rodríguez Pérez

Una de las características más destacadas de la geografía española es, sin duda, la gran diversidad de climas, suelos y orografía. Asimismo, resulta notable cómo esa variedad se muestra en espacios relativamente próximos; así, no muy lejos de la orilla del mar nos podemos encontrar las más altas montañas, y cerca de bosques frondosos se encuentran paisajes casi desérticos.

Hasta los más hostiles ambientes fueron colonizados desde antiguo por el hombre. Eso sí, tuvo que adaptar su forma de vida para hacer frente a las dificultades del entorno en que vivía. Actualmente, la tecnología nos permite –con mayor o menor consumo energético– habitar cualquier lugar sin que nuestro hogar se adecúe a las condiciones externas. Pero eso solo es posible desde hace unos pocos años.

Vivimos un tiempo en que todavía es posible contemplar muchos ejemplos de cómo nuestros ancestros consiguieron optimizar la morfología de sus viviendas para vivir (y en muchos casos, sobrevivir) en un medio frecuentemente difícil. Esa herencia de sabiduría y experiencia ha creado, en muchos casos, vistosas arquitecturas que fueron la solución adecuada a cada condición.

Sin duda, uno de los ecosistemas más adversos de la Península está constituido por las tierras más elevadas de las estribaciones de la cordillera pirenaica. Un clima extremo y un difícil relieve confluyen en esta zona; por eso, sus antiguos habitantes tuvieron que subsistir de forma totalmente autárquica. La penuria se agravaba durante los largos y duros inviernos: lluvias, fríos y nieves impedían no solo el trabajo en el campo, sino la mínima salida al exterior. Por ello, las viviendas albergaban todo lo que podría ser necesario para la invernada. Alimentos para residentes y animales eran acopiados por los vecinos, por supuesto, y también combustible para mitigar en lo posible el frío reinante. Gran cantidad de leña que a lo largo del año era recogida de los bosques cercanos y que, en las oscuras jornadas invernales, se consumía en el gran fuego, que permanecía encendido y congregaba a los moradores.

La necesidad de ese gran fuego obligó a una singular adaptación de la estructura de la vivienda: hubo que crear una sala cuyas paredes se prolongasen hacia arriba atravesando los pisos superiores y confluyeran en una salida de humos de notables dimensiones. Una viga atravesaba el hueco creado y, colgado de la misma, el puchero donde se preparaba la comida. Al exterior, este espacio conformaba una gran chimenea que sobresalía de manera destacada sobre la cubierta de pizarra de la morada.

Esa chimenea constituía y constituye el elemento arquitectónico más singular de las viviendas del Pirineo Central. Incluso actualmente, las viviendas modernas intentan reproducir, normalmente sin éxito, la belleza de esas chimeneas tradicionales. Resulta, además, un elemento exclusivo de estas comarcas. En ningún otro lugar se repite esta morfología, a pesar de poseer –sufrir, tendríamos que decir mejor– condiciones ambientales similares.

Este hecho es evidente hacia el norte: las altas cumbres pirenaicas ejercen de evidente frontera física e impiden cualquier contacto en las costumbres. Además, la vertiente septentrional del Pirineo desciende más abruptamente hacia Francia, haciendo que los pueblos del vecino país se sitúen a una altura inferior, por lo que las adversas condiciones no lo son tanto.

Hacia el sur, nos encontramos chimeneas semejantes en poblaciones que, como sucede en las mesetas de la Sierra de Guara y los valles encajonados de Monrepós, aunque se encuentran ya próximas a la llanuras de la ciudad de Huesca, siempre estuvieron aisladas de las mismas por angostos e infranqueables desfiladeros.

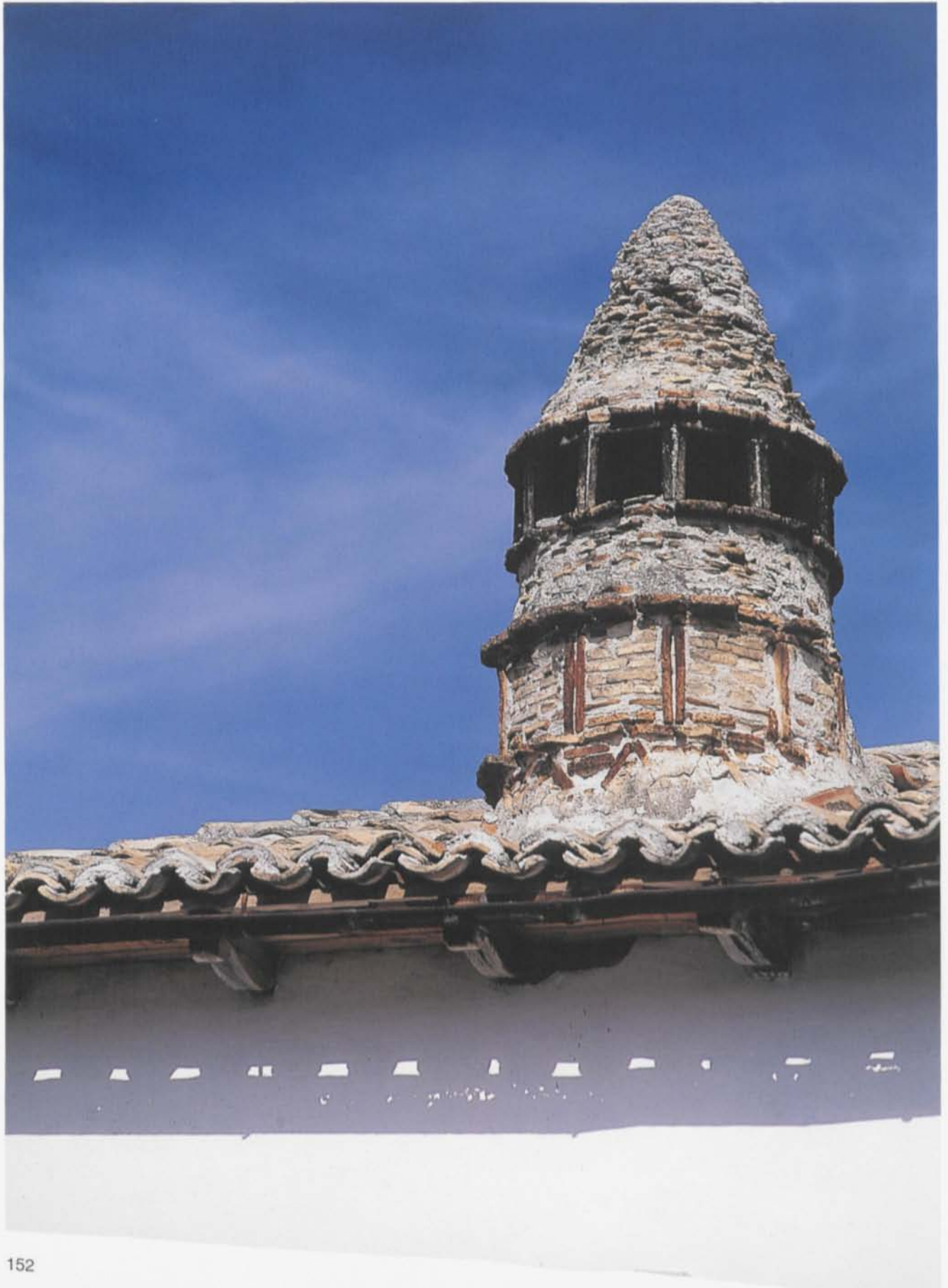
Hacia el oeste, las formas se mantienen y podemos encontrar ejemplares aislados similares incluso en el navarro Valle del Roncal y en la zona norte de la provincia de Zaragoza; en esta zona se produce una paulatina mezcla de materiales, apareciendo la teja, tanto en la cubierta de la vivienda como en la estructura de la chimenea, lo que no implica una menor belleza.

Hacia el este, los despoblados de la Fueva y las alturas interfluviales de Foradada constituyen aquí también un límite a la expansión territorial de la forma más espectacular de la chimenea oscense. Todavía más hacia levante, en las orillas del profundo valle del Ésera, subsisten algunos ejemplares de menor tamaño y sección rectangular que anuncian las igualmente notables chimeneas de forma troncopiramidal del cercano valle de Arán.

Y dentro de estos límites, esperando que el tiempo las derrumbe o que una rehabilitación las reafirme, subsisten los últimos ejemplares de *chamineras* altoaragonesas, un conjunto arquitectónico a conocer, catalogar y proteger.











Cuchilleros de Taramundi

Óscar Pedro Mulet Rincón

El concejo de Taramundi, en la parte occidental de Asturias, ha mantenido hasta nuestros días una importante tradición artesanal en torno a la fabricación de cuchillos y navajas.

La actividad artesana se produce en talleres unipersonales y familiares, con técnicas y herramientas tradicionales. Las producciones son limitadas y de alta calidad, siendo muy valoradas entre los aficionados a la cuchillería.

La trascendencia que esta actividad artesanal tiene en el concejo, tanto en número de artesanos como en el producto interior bruto de la zona, ha hecho alcanzar a Taramundi la denominación de “Zona de Interés Artesanal” concedida por el Principado de Asturias.

Taramundi no es un nombre sacado de un cuento. Existe.

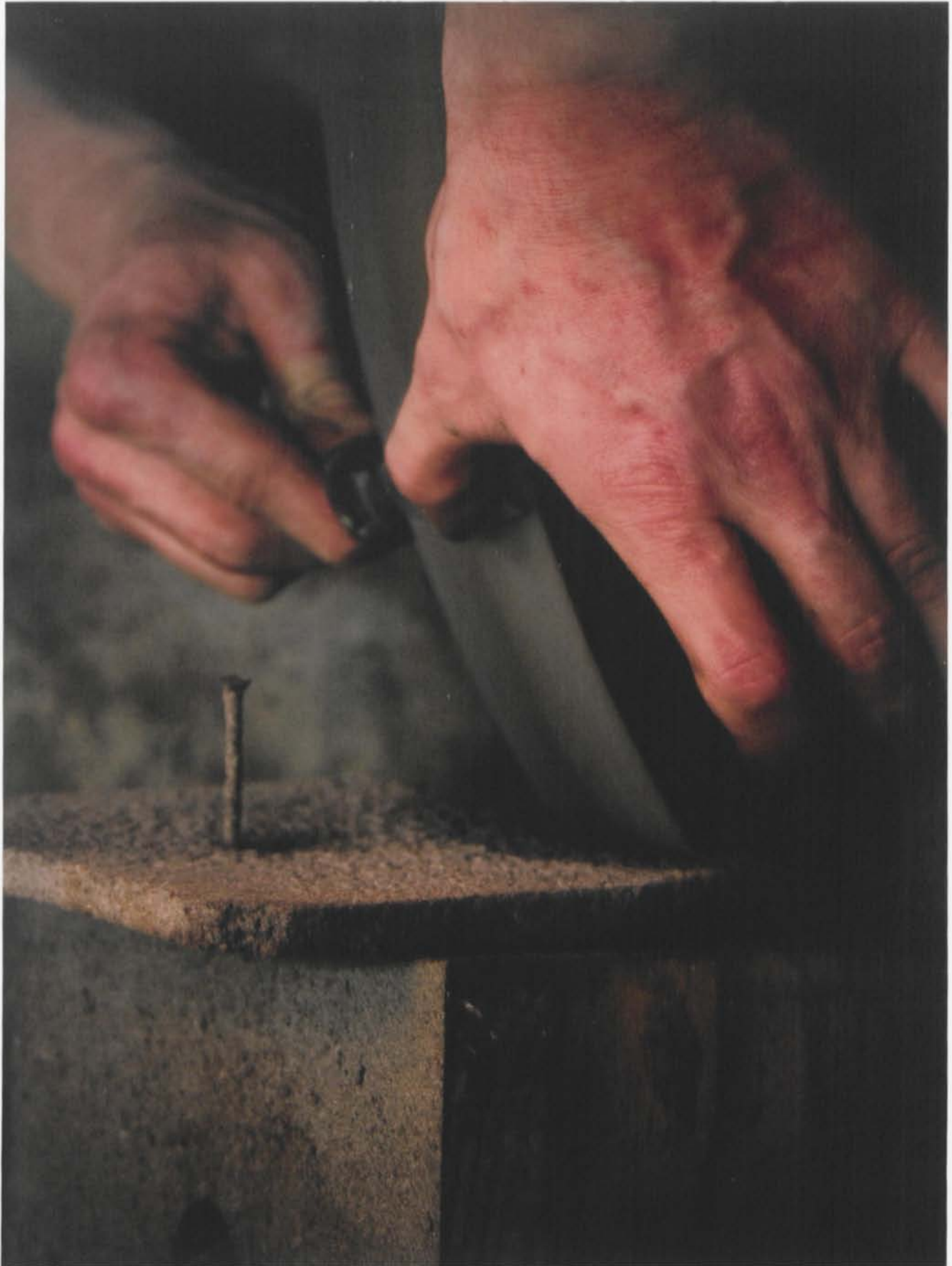
Es un lugar remoto, pero existe.

El tiempo rueda despacio aquí.

Es necesario para que los últimos artesanos hagan sus navajas como sino estuvieran a este lado de la revolución tecnológica.









Belchite y la memoria

Rosario Gómez Mateo

*“Pueblo viejo de Belchite
ya no te rondan zagales
ya no se oirán las jotas
que cantaban nuestros padres”
NB*

Estos versos, escritos sobre la puerta de la iglesia de san Martín de Tours de Belchite, son el epitafio de un pueblo muerto, abandonado, pero vivo en la memoria de muchas personas que dejaron en él su hogar y, en muchos casos, a sus seres más queridos.

Su aspecto actual, de absoluta ruina, resulta fantasmal. Belchite es hoy reliquia de la barbarie de una historia pasada que, en la actualidad y por fortuna, a la mayoría nos remite a los libros de texto, a los documentales o a las vivencias de nuestros padres o abuelos; pero caminar por sus calles silenciosas y solitarias nos produce una intensa emoción, un nudo en la garganta. La imaginación nos hace recrear el infierno que debió de vivir este pueblo aragonés en el aciago verano de 1937, cuando fue escenario de una de las más famosas y cruentas batallas de nuestra Guerra Civil.

En los escasos trece días que duró su asedio –desde el 24 de agosto hasta el 6 de septiembre–, el pueblo sufrió tales bombardeos que su población quedó diezmada, además de dejar arrasado su rico patrimonio artístico barroco-mudéjar.

Al finalizar la guerra, se adoptó la controvertida decisión de levantar un nuevo Belchite a pocos metros de las ruinas, que se inauguró en 1954. En ese año comenzaron las mudanzas, que fueron dejando vacío el antiguo Belchite de forma paulatina pero inexorable hasta 1964, año en que lo abandonaron sus últimos vecinos.

Hay quien opina que hubiera sido mejor reconstruirlo, permitiendo a los supervivientes continuar en sus casas la vida cotidiana recobrada tras la contienda y que, mejor o peor, se desarrolló entre sus calles hasta la fecha de su abandono.

Con ello, también se hubiera evitado el irreparable deterioro de sus imponentes monumentos, que podrían haber llegado debidamente restaurados / conservados hasta nuestros días. Por desgracia, su estado actual es lamentable, al igual que el del resto de edificaciones. La mayoría del caserío está derrumbado, convirtiendo el paisaje en una sucesión de escombros, donde apenas se distingue el trazado de algunas de sus calles. Tengamos en cuenta que ésta no es sólo la fisonomía provocada por los fatídicos bombardeos del 37, sino también por más de setenta años de abandono, saqueos y exposición a la intemperie.

Lo indudable es que las impresionantes ruinas del Belchite viejo se han convertido ya en un monumento vivo al horror de la guerra, en un clamor contra la violencia desde sus silenciosos escombros.

Tan polémica decisión hoy no tiene vuelta atrás. Lo que sí está en nuestras manos, y es nuestra responsabilidad con las generaciones venideras, es asegurar su futuro. Lejos de reconstruir, enterrando lo que el tiempo y la historia han modelado de forma tan sobrecogedora, se debe frenar la implacable ruina que amenaza con hacer desaparecer lo que aún queda en pie. Restos que atestiguan, de manera magistral, no solo la belleza que todavía se adivina en las maltrechas fachadas de su calle Mayor, en las cúpulas horadadas por los obuses de san Martín de Tours o en la profusa decoración barroca de san Agustín, mezclada entre la maleza que inunda su interior, hoy a cielo abierto. Restos que son también testimonio mudo e incluso macabro de la barbarie que, esperamos, nunca vuelva a repetirse.











Esquileo y marcaje

Carlos Orduna Portus

El reportaje que presentamos versa sobre el ritual de esquila de las ovejas en los rebaños de ganaderos trashumantes del Pirineo navarro y su posterior marcaje con pez con la señal característica de la casa ganadera.

Este proceso se originó como consecuencia directa del traslado de los rebaños desde los pastizales de invierno hasta las montañas estivales. Las reses no sufrían percance alguno al perder su lana y los ganaderos sacaban provecho del producto, que hasta hace bien poco era la principal materia textil en España. Posteriormente se marcaba con pez (una especie de brea caliente) cada res para poder distinguir al propietario de cada cabeza y así evitar disputas. Este era el ritual que precedía al comienzo de las “cañadas” de primavera, y se repetía puntualmente cada año.

Este proceso ha sufrido variaciones en su desarrollo general. Es cierto que, al igual que ha ocurrido con el pastoreo trashumante, las técnicas y herramientas han cambiado a lo largo de los siglos y especialmente a finales del pasado. De las grandes tijeras de hierro se ha pasado al uso de maquinillas eléctricas que hacen el corte más rápido y limpio; de las grandes cuadrillas de esquiladores que tardaban varios días en esquilar un rebaño de dos mil cabezas, a grupos más pequeños y eficientes (de polacos temporeros, como ocurre en este caso) que usan incluso contadores manuales para el reparto del pago. Sin embargo, se puede decir que la parte de marcaje se realiza tal y como se ha hecho siempre, con un cubo de pez calentándose mientras se usa el otro y aplicándola con el hierro tradicional de la casa.

El valor antropológico de este reportaje queda pues de manifiesto. A estas alturas en el valle de Roncal, que es al que pertenece la ganadería retratada, los pastores trashumantes que todavía recorren las cañadas reales se pueden contar con los dedos de las dos manos. El sistema económico parece empeñado en hacer desaparecer estas formas de trabajo y de vida bajo la excusa de su improductividad, y burocratizando la vida del ganadero de manera que hoy en día éste sobrevive más de ayudas y subvenciones que del producto directo de su faena. Dentro de las labores de este tipo de trabajo hemos decidido centrarnos en el esquila y marcaje porque entendemos que es con ellas con las que comienza la trashumancia, que es el rasgo característico de estas gentes y de su trabajo ancestral.

Confiemos que en el futuro no sea ésta la única forma de conocer a los pastores trashumantes que hasta hace bien poco era uno de los ejes de la economía española.











Fayón, la batalla del Ebro

Javier Calzada Durán
y Sergio Álvarez Calzada

La Batalla del Ebro, librada entre Zaragoza y Tarragona, fue decisiva en el desarrollo de la Guerra Civil, y marcó definitivamente la derrota republicana. También fue una de las más largas (de julio a noviembre de 1938) y cruentas (más de 15.000 bajas entre ambos bandos). Planificada por el ejército republicano tras quedar dividido el territorio que controlaban en dos partes, el objetivo era recuperar la conexión entre esas dos áreas y presionar en el levante a las tropas sublevadas. La ofensiva se inició desde la zona catalana, y uno de los frentes fue el de Fayón: los soldados republicanos lograron cruzar el río en seis embarcaciones a remo, cogiendo desprevenidos a los nacionales.

Esto sucedió el 25 de julio de 1938, a medianoche... y volvió a suceder 70 años después a mediodía, en el mismo lugar: Fayón.

La recreación histórica, promovida por la organización "Memoria Histórica Ebro 1938", fue realista: el desembarco furtivo desde las barcazas, el asalto de los republicanos, la resistencia de los nacionales en sus trincheras, los disparos de rifles y ametralladoras, la carga de caballería, los bombardeos, las bajas de los dos bandos.

Eso mismo, el realismo, la crudeza de la batalla, estremecieron a los cerca de 2000 espectadores. Porque los que estuvimos allí ya no éramos espectadores; sentimos el temblor de los obuses al estallar contra la tierra, oímos la pólvora y el sudor; vivimos el miedo y la rabia que debieron sentir aquellos hombres, todos ellos, de ambos bandos. Vivimos, durante un rato, la guerra fratricida que dividió a este país no hace tantos años y que muchos se empeñan en olvidar.

Gracias a esta recreación, los que conocíamos la historia de la Guerra Civil la sentimos más nuestra, y los que la desconocían aprendieron de ella o, al menos, encontraron el interés por aprender.

Lo queramos o no, la historia reciente marcó a nuestros abuelos, salpicó a nuestros padres, y nos ha dejado a nosotros la responsabilidad del presente. Y esa responsabilidad exige un conocimiento sereno del pasado que no nos tocó vivir.

El pueblo de Fayón, como tantos otros, lo sabe.

Ése, y no otro, es el objetivo de la Memoria Histórica.

No olvidar.

Aprender.











Isil, el fuego que anda

Manel Viladrich Carreira

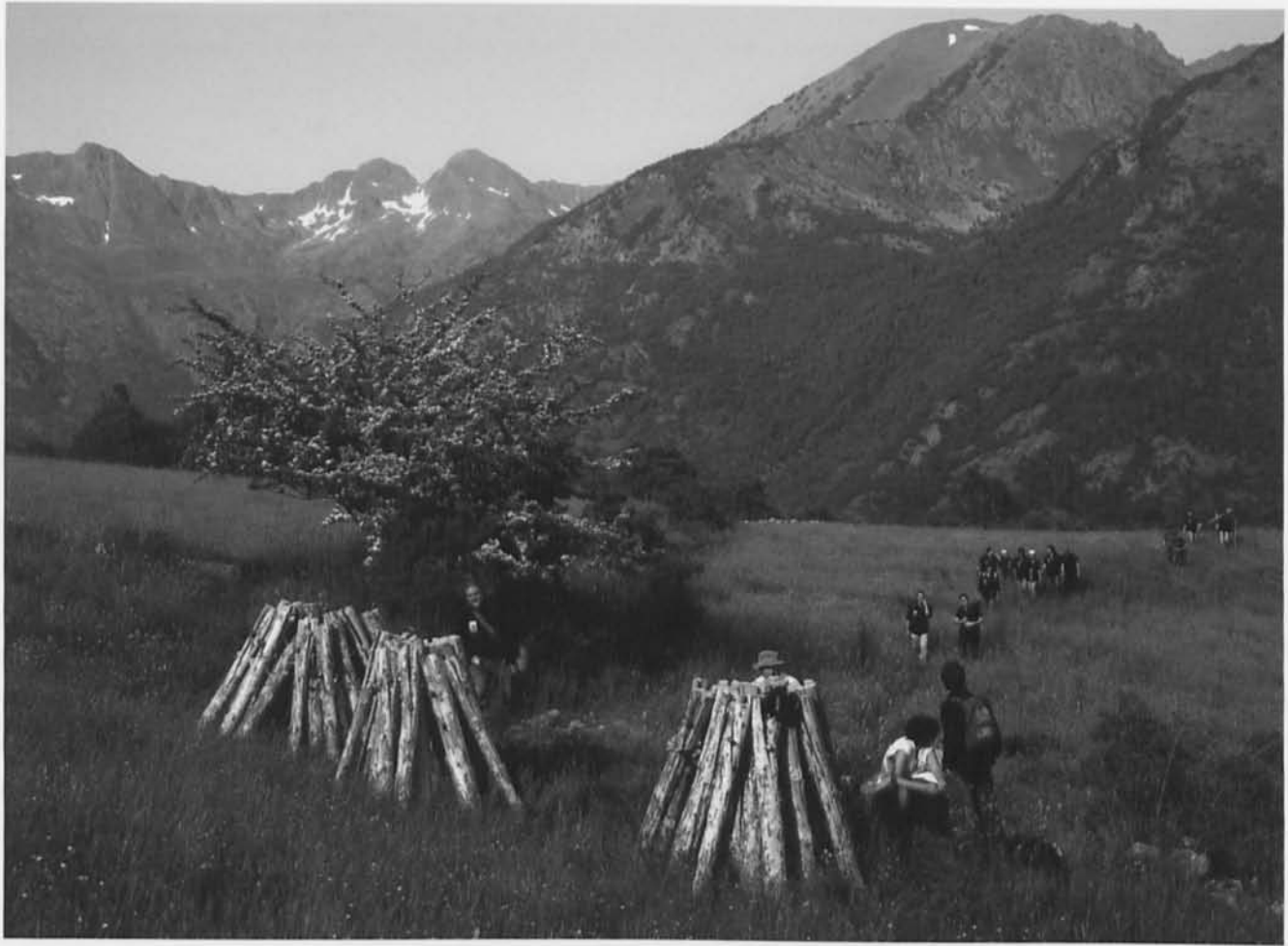
Isil es un pequeño pueblo, situado en el valle de Àneu, de apenas sesenta habitantes, que ha mantenido viva esta fiesta ancestral que se celebra la noche de Sant Joan. Se trata de una de las fiestas más primitivas del culto al fuego. En esta fiesta de las fallas existe todo un ritual de culto al astro sol simbolizado en el fuego. Fuego purificador para asustar a los malos espíritus. La ceremonia tiempo atrás servía para agradecer a los dioses la cosecha y el fin del largo invierno.

Los *fallaires*, como modernos prometeos, suben la montaña sagrada para robar el fuego de los dioses. Liturgias cristianas y paganas se entremezclan en las fallas pirenaicas. En un principio, la bajada de las fallas tenía un sentido iniciático para el adolescente; la primera vez que descendía del faro portando la falla significaba la entrada en el mundo de los adultos, la prueba de madurez. El ritual también contaba con un componente de aparejamiento, que entroncaba directamente con el sentido de fecundidad de la fecha, el solsticio de verano. Las chicas, *les fadrines*, esperan a la entrada del pueblo a los triunfantes *fallaires* para ofrecerles un vaso de vino, un trozo de coca y un ramo de flores. De esta manera ellas también simbolizaban su paso a la edad adulta y ganaban prestigio ante la comunidad y ante los propios *fallaires*.

El ritual que culmina esa noche se inicia un mes antes, en los bosques de la montaña de Airoto, donde los *fallaires*, eligen los pinos que, una vez cortados y desposeídos de su corteza, se dejaron secar para convertirse durante la mágica noche, en las fallas, las portadoras de la llama. Estos troncos, las fallas, suelen pesar entre 20 y 35 Kg.

Al atardecer de la vigilia de Sant Joan unos cincuenta *fallaires* ascenderán montaña arriba hasta el “faro”, donde esperaran la señal de inicio alrededor de una hoguera y prenderán fuego a sus fallas. Cuando el sol deja de iluminar el pueblo de Isil, los *fallaires*, que están en la montaña, cogen el fuego, cargan el tronco encendido a su espalda e inician el descenso en fila, realizando una pagana procesión de luz. La bajada es durísima, de hora y media, sin camino. La falla, que en un principio parecía soportable, se torna ahora más pesada y la única luz que existe es la que proporciona la falla anterior. Desde el pueblo se ven serpenteando puntos de luz que resbalan por la ladera oscura de la montaña. Para el *fallaire* la llegada al pueblo es un cúmulo de sentimientos contradictorios. Es imprescindible que la comitiva se acerque a la entrada del cementerio y realice una cruz con la falla en la puerta, en señal de homenaje a los antepasados.

Al final, el orgullo de la proeza y la recompensa; los *fallaires* han traído el fuego de la cumbre y lo bajan; tras múltiples dificultades lo entregan a la comunidad. Es la apoteosis de la fiesta, cuando los prodigios se hacen posibles y la gente se reúne en torno a la hoguera símbolo de regeneración.











El Vítor

Roberto Hernández Yustos

Hablar de la procesión cívica de santo Toribio de Mogrovejo es hablar del fuego en su estado más puro y latente. Cuando uno acude por primera vez a esta fiesta, parece estar asistiendo a los últimos suspiros de la vieja Troya cuando se desvanece lentamente entre las llamas...

Tal vez sea el misterio del fuego lo que hace que esta tradición resulte mágica y misteriosa a la vez. Relacionado con lo sagrado y asociado a lo desconocido, el sustituto del Rey Sol se apodera de las calles y plazas en Mayorga de Campos (Valladolid) cada 27 de septiembre.

En 1752, tras surcar las aguas del Pacífico y recorrer 12.500 km de distancia, llegaron a esta tierra castellano-leonesa las reliquias de santo Toribio de Mogrovejo (obispo de Lima) el día 27 de septiembre a las once de la noche. En este año y día, con motivo de este suceso, salieron a su encuentro con teas encendidas, y en fervorosa procesión las llevaron a la iglesia.

Desde entonces, la tradición no se ha interrumpido y año tras año se saca el Vítor, la reliquia, y en festiva procesión se pasea por el pueblo, para que lo bendiga de nuevo, para darle la enhorabuena.

Al oscurecer, muchos mayorganos abren el baúl que desde hace un año se mantiene en estado de hibernación, ya que alberga las vestimentas e indumentarias, guantes y sombreros de paja cubiertos por la pez de fiestas anteriores. La vara de la que cuelga un viejo pellejo de cabrito de los usados para guardar el vino (hoy en día difíciles de conseguir), resulta el elemento necesario e imprescindible para la ocasión.

A las diez y media de la noche, comienza la marcha desde la ermita de santo Toribio, donde se conserva una de las reliquias (un peroné montado verticalmente dentro de un relicario piramidal de cristal sobre monturas de plata). Los cohetes y las campanas al aire dan la salida a la tradicional, y única en el mundo, procesión cívica del Vítor. El fuego y el estandarte son los absolutos protagonistas de esta fiesta.

Al son del pasodoble, la noche avanza y con ella sus gentes que no dejan de vitorear al santo patrón, presente en el estandarte.

Sobre las doce de la noche se llega a la plaza Mayor. Mientras cientos de pellejos ardientes y humeantes inundan con un especial olor el ambiente, se queman unos fuegos artificiales que dan paso al cuadro de santo Toribio. Después del último cohete, entre el humo de la pólvora y de los pellejos, los asistentes entonan el himno al santo y una salve.

Posteriormente, la procesión continúa, ya que ha de terminar donde empezó: en la ermita de santo Toribio. Casi al amanecer, de rodillas y con el palo chamuscado entre las manos, vuelven a cantar el himno del santo patrón y la salve. Como una sola voz en torno al mayorgano más ilustre y al que nuevamente han honrado por todo lo alto, y se prometen volverlo a hacer por todos los años que “el Señor nos dé vida”.

En el año 2001 es declarada fiesta de interés turístico regional.

En el año 2005 es declarada fiesta de interés turístico nacional.











La bola

Fernando Pastor Sola

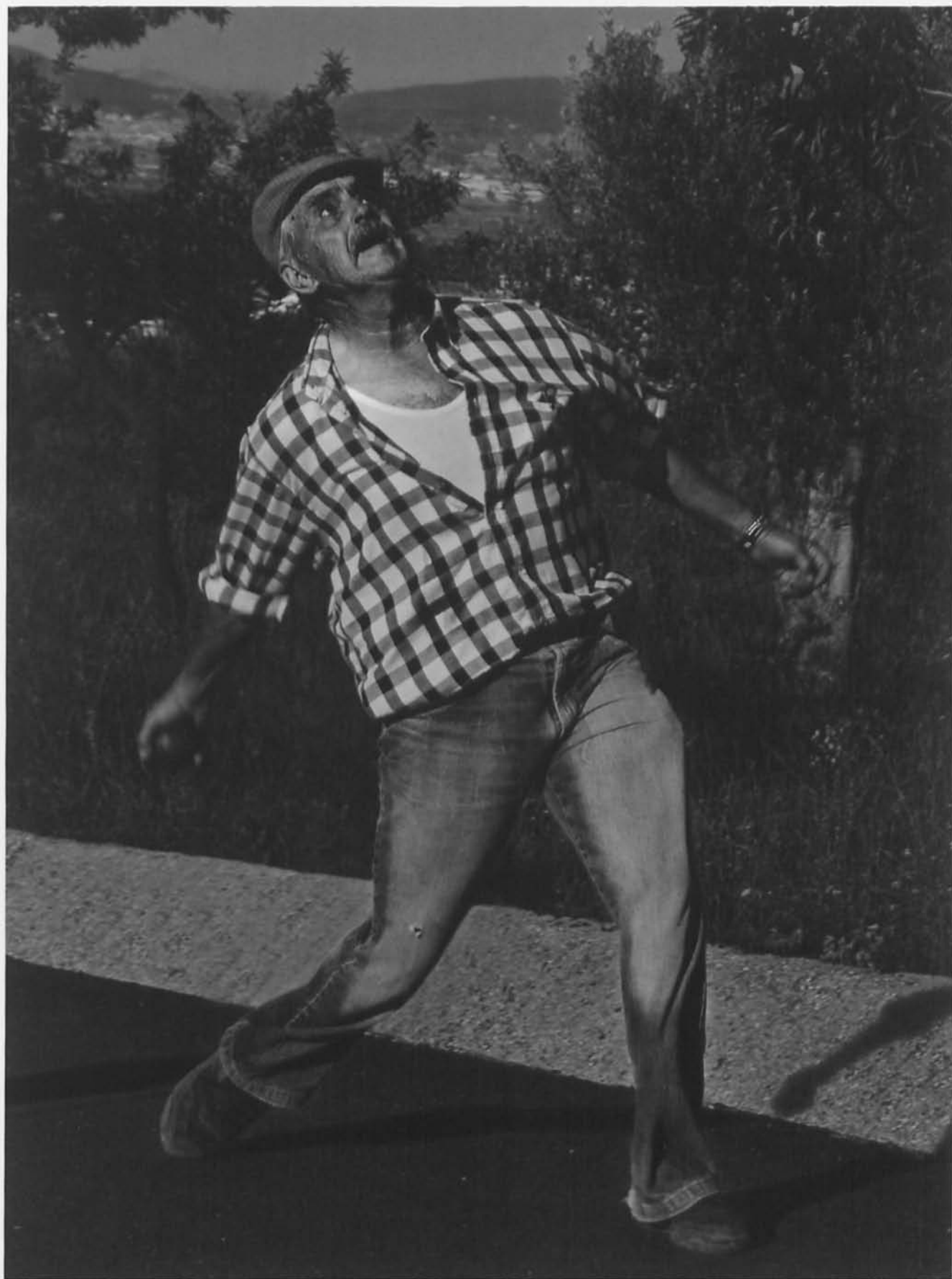
Documentado está en el Archivo Municipal, que desde hace más de tres siglos se juega a la *Bola a braç* en el *Camí de la bola* de Castalla, municipio del interior de Alicante. El juego se desarrolla en los 1200 metros del Camino La Bola; éste es un vial rural asfaltado sin apenas edificaciones existentes ni colindancias inmediatas, situado a las afueras de la población en las inmediaciones de un conocido restaurante. El juego es de carácter individual (un jugador contra otro) y consiste en lanzar lo más lejos posible una pesada bola, entre 2 y 3 kg en función de la elección previa efectuada por cada tirador, y hacer el recorrido de ida y de vuelta en el menor número de lanzamientos posible, alternándose uno y otro jugador cada vez y tirando a suertes el inicio de la partida. Habitualmente se juega los fines de semana por las tardes y cuenta con unos 300 seguidores en la actualidad.

La mayoría de seguidores pertenecen al Club de Bola a Brazo de Castalla, integrado en la federación de Juegos y Deportes de la Comunidad Valenciana, dentro de los juegos tradicionales. Y, aunque también es seguido por jóvenes, la mayoría de jugadores son personas mayores y jubilados. El interés del juego no sólo radica en demostrar qué jugador tiene mayor destreza en el lanzamiento de la bola, pues cuenta mucho más la técnica de lanzamiento y saber aprovechar bien las particularidades del camino que no la fuerza, sino también en la posibilidad de que un jugador de cierta edad puede derrotar a un jugador joven; celebran partidas muy ajustadas en resultado, quedando la resolución casi al final del juego con un sólo lanzamiento de ventaja. Todo esto da pie a pequeñas apuestas que organizan los espectadores incrementando el interés de la partida y la motivación del jugador, cuando éste ve que se apuesta por él o todo lo contrario, cuando ve que no se apuesta y quiere notoriedad.

El juego no está exento de ciertos riesgos, y es que la velocidad e inercia que coge la bola en su trayectoria después del lanzamiento ha dado más de un susto a algún vehículo estacionado en las inmediaciones. Es por ello por lo que el Club de la Bola a Brazo tuvo que enfrentarse a la denuncia presentada por el citado restaurante y algunos vecinos, que se oponían a que siguiese celebrándose el juego en el tradicional camino. Sin embargo, el Tribunal Superior de Justicia (TSJ) de la Comunidad Valenciana sentenció en el año 2001 a favor de la celebración del juego en el Camino La Bola, y reconoce esta actividad deportiva como “tradicional y ancestral” y mantenida por los vecinos de Castalla “durante muchas generaciones”. No obstante, la sentencia del TSJ obligó al Consistorio castallense a aplicar en el plazo de cinco meses medidas de seguridad específicas para daños a terceros, así como la obligación de un árbitro que controle el juego y dé parte del mismo en las actas correspondientes, y un responsable de control del tráfico de vehículos y personas, que pare el juego cuando pueda existir riesgo de accidente. Además, la sentencia del TSJ considera que se debe establecer un cauce de control del respeto de estas medidas de seguridad, y su previsión en el régimen sancionador que recoge el artículo 10 de una ordenanza que el Ayuntamiento puso en marcha en el año 1999 y fue aprobada definitivamente en el Ayuntamiento Pleno 26/04/2006 y su publicación definitiva en el BOP nº 159 de 13/07/2006.









Els enfarinats
de Ibi

Javier Salvador Belda

Cada 28 de diciembre, la localidad alicantina de Ibi celebra el día de los Santos Inocentes con la fiesta de *Els enfarinats* (Los enharinados).

La fiesta, cuyos orígenes históricos no están claros (el antropólogo vasco Julio Caro Baroja relaciona celebraciones semejantes a ésta con las saturnales romanas; y por otro lado, tiene elementos netamente carnavalescos), dejó de celebrarse en los años cincuenta.

Gracias a un grupo de amigos, en 1981 se recuperó la fiesta de *Els enfarinats* y se celebra cada año, desde entonces hasta el día de hoy.

A la salida del sol, *els enfarinats* se reúnen en el casco antiguo de Ibi, cerca de la Iglesia de la Transfiguración del Señor, emprendiendo una carrera de unos doscientos metros, cuya meta es el Ayuntamiento.

El ganador, previamente pactado, es el alcalde de *els enfarinats*. En la meta se encuentra el otro grupo protagonista de la fiesta, la *oposició* (oposición) y es allí mismo donde se realiza el traspaso de poderes entre el grupo de gobierno del Ayuntamiento real y *els enfarinats*, quedando la ciudad a la voluntad caprichosa de estos burlescos personajes.

El nuevo equipo de gobierno formado por *els enfarinats* adquiere los cargos de alcalde, juez, fiscal, secretario y cajero. Tanto ellos como el resto del grupo van vestidos con indumentarias de lo más estrafalarias y con las caras pintadas, aunque siempre reconocibles.

Aunque *els enfarinats* sean los protagonistas, la *oposició* adquiere una gran importancia, ya que sin ella no se podría desarrollar esta peculiar fiesta.

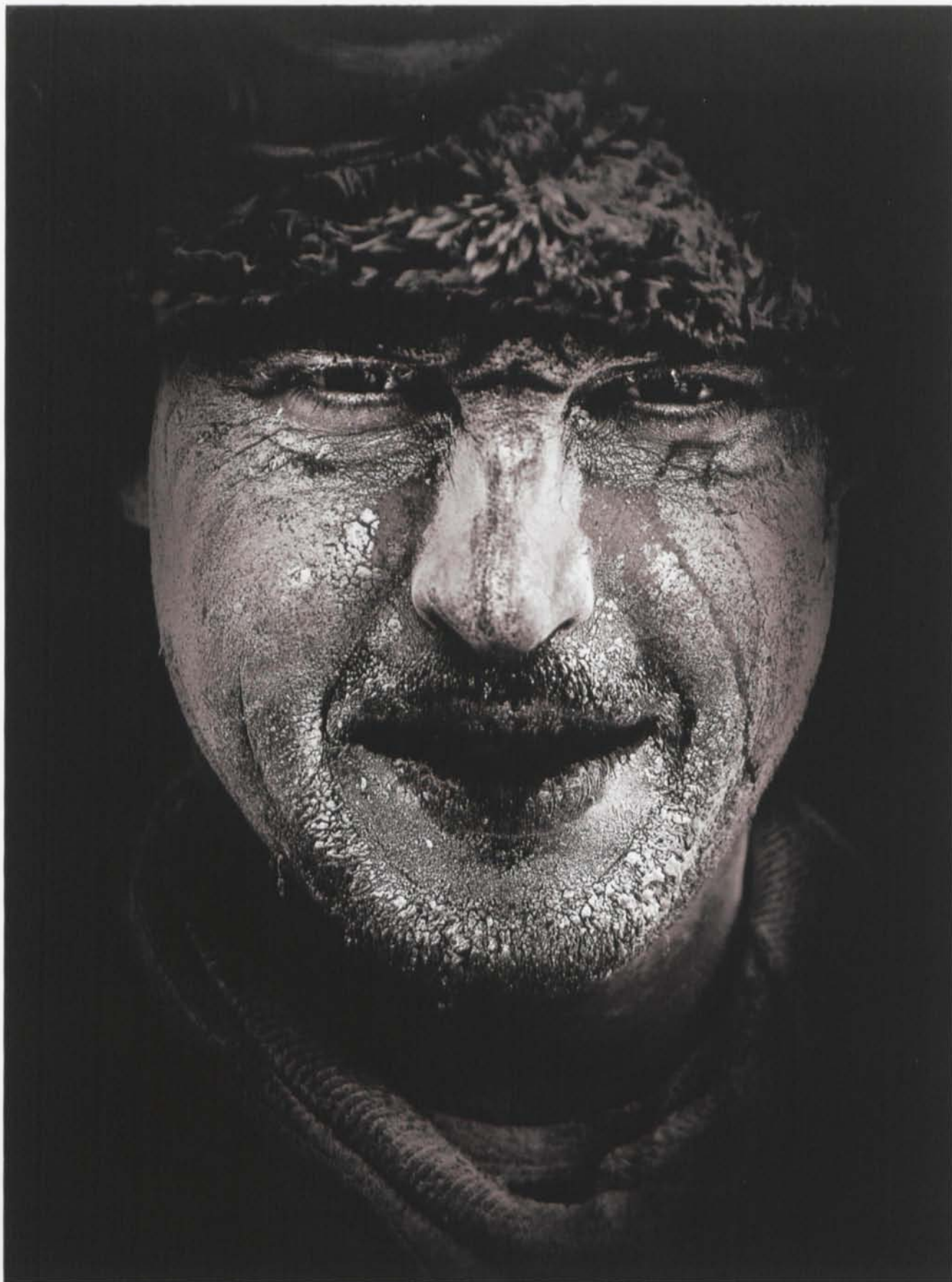
La *oposició* decide enfrentarse a los nuevos gobernantes con la intención de usurparles el mando, con el ánimo de poner de manifiesto su postura contraria a la nueva autoridad, desencadenándose una batalla campal en plena calle en la que se les arrojan huevos y harina, y grandes cantidades de “cohetes *borratxos*” (también llamados carretillas) que se lanzan mutuamente y que crean una espectacular puesta en escena, donde el ruido y la pólvora son protagonistas.

Els enfarinats devuelven las agresiones de la *oposició* tirando harina a diestro y siniestro, utilizando también “cohetes *borratxos*” como sus opositores. Aquellos que son atrapados en el *aixabegó* (una especie de red), son encerrados en la cárcel sin ningún tipo de miramientos, entablándose entonces la negociación del pago de una multa que en un principio suele ser elevadísima y que, poco a poco, va reduciéndose hasta quedar en una aportación simbólica que se destina íntegramente a una entidad benéfica de la localidad. Una vez satisfecha la cantidad concertada, el prisionero queda en libertad, y se le entrega el correspondiente certificado de haber satisfecho el importe de la fianza impuesta por esta nueva “autoridad”.

Antiguamente esta fiesta tenía como escenario la plaza del Ayuntamiento, siendo la sede del cuartel general de *els enfarinats* el pórtico de la Casa Consistorial. Con el tiempo el Ayuntamiento cambió de emplazamiento; también fue restaurado y remodelado el edificio que lo albergó durante tantos años, lo que obligó a trasladar la representación de esta fiesta a la plaza de la Iglesia, permaneciendo como escenario las mismas calles del casco antiguo tal y como se hacía antaño. Por otro lado la amplitud de esta plaza permite el acceso a un mayor número de espectadores que se sitúan en la terraza del monumento a la patrona, considerando este lugar como zona neutral de la batalla campal.

Pese a los intentos de la *oposició*, ésta no consigue arrebatar el poder a la nueva autoridad, finalizando la contienda sin olvidar que *els enfarinats* instauran a toda costa la “*Justicia nova*” (Justicia nueva). Haciendo uso de su autoridad, inician a continuación una inspección por comercios, entidades bancarias, etc, visitando personalmente los establecimientos al objeto de comprobar si cumplen o no con las ordenanzas fiscales que fija el reglamento de *els enfarinats*, multando a aquellos que no lo cumplen, que suelen ser la mayoría. Estas multas suelen ser aportaciones simbólicas que se destinan posteriormente, junto al resto recaudado durante la mañana, a una entidad benéfica de la localidad.

Con las últimas luces del día llega la calma a la ciudad, finalizando el jocoso grupo su corto mandato, que cada 28 de diciembre gobierna en Ibi.











Almadraba de Monteleiva

Ernesto Francisco Navarro Alba

CASSETAS DE PESCADORES EN LA ALMADRABA DE MONTELEVA (CABO DE GATA, ALMERÍA)

El Cabo de Gata, en Almería, punto geográfico referencia del Parque Natural del Cabo de Gata, Níjar, es una de las pocas zonas costeras mediterráneas españolas que aún permanecen inalteradas en un porcentaje alto, libres de la masiva construcción de núcleos turísticos despersonalizados y despersonalizantes.

Todos los núcleos urbanos del Parque Natural, tan representativos hace veinte años de la vida en esos entornos naturales y costeros, han crecido de forma desmesurada viendo cómo sus construcciones características se han convertido en modernas viviendas y apartamentos sin personalidad.

Pueblos y ciudades como Carboneras, Aguamarga, Las Negras, Rodalquilar, La Isleta del Moro, han sido modernizadas, dotadas de todos los servicios, ampliadas, “turistizadas”. En esa transformación han quedado fuera de juego –y en un porcentaje alto han desaparecido– los antiguos lugares de encuentro junto a la costa donde se desarrollaba la actividad pesquera. En pequeñas lonjas al aire libre, en playas, en espigones junto a rudimentarios muelles de atraque.

Carboneras tiene un paseo marítimo precioso y un hotel muerto y horrible en la playa del Algarrobo, como principales referencias del progreso. Pero ya no se pueden reunir los pescadores entre la desaparecida pequeña lonja de la playa y en el Bar Mariano, para presumir de sus capturas nocturnas. Aguamarga es un atasco. Las Negras quiere cambiar al turismo de “calidad” y se está convirtiendo en un pueblo sin alma. Rodalquilar... La Isleta del Moro... Los Escullos...

Afortunadamente aún no ha llegado la debacle vomitiva que discurre entre El Sopalmo y Vilaricos, la otra vez, maravillosa costa de Mojácar-Vera.

La *Almadraba de Monteleva*, en el sur del Cabo de Gata, ya mirando a Almería capital, no se está librando del crecimiento turístico, aún leve pero con proyectos como la construcción de chalets en la Fabriquilla y quizás otros que aún no se han destapado.

Sin embargo, el núcleo del pequeño poblado pesquero que creció alrededor de las Salinas y de la actividad pesquera de túnidos, en el siglo XVI, aún conserva algunas viviendas antiguas, integradas en el paisaje, junto a edificios de construcción actual que los están sustituyendo.

La inmensa playa que desde Gata llega hasta el Cabo, circundada por una zona de humedales que se pueblan con frecuencia de aves en migración y por las salinas aún en explotación, termina en La Almadraba de Monteleva y en el paraje de la Fabriquilla (antigua fábrica de la “Luz”).

Es una costa llana, con una playa situada hacia poniente, que sufre las embestidas del mar con vientos de poniente y alcanza la calma con vientos de levante. Por su situación geográfica es una de las pocas zonas donde se puede disfrutar del sol poniente en los atardeceres del Mediterráneo, con una gama de colores azules, rojos, amarillos, blancos que no pueden verse en otros lugares del Parque Natural.

La riqueza pesquera llevó barcos y artes a esta zona desde hace muchos siglos y la playa nunca fue dotada de puerto o zonas de atraque protegidas. Los barcos con sede en la Almadraba dormían en la arena de la playa. Para salir del mar había que aprovechar la ola grande que impulsase al barco hacia la playa, donde quedaba varado.

La inseguridad de que el oleaje no moviese el barco situado en la orilla obligaba a arrastrarlo unos metros hacia el interior donde estuviese seguro. Barcas de pesca a remos, barcazas para varios remeros de la almadraba, barcos de trasmallos, palangreros han estado faenando en estas aguas. Algunos ligeros y otros pesados.

Para sacarlos de la orilla hacia la zona segura de la arena se fueron inventando artilugios que multiplicasen el esfuerzo de los hombres. Seguramente, algunos que nos sorprenderían hoy fueron inventados hace siglos. Ningún recuerdo queda.

Sin embargo, sí que se conservan tornos de madera, fijados solidamente al suelo, provistos de unas recias pértigas para hacer palanca y permitir enrollar un cable de acero trenzado que ayudase a subir a la embarcación.

Junto a estos tornos manuales conviven motores eléctricos dotados de poleas, que hacen la misma función de enrollar y desenrollar el cable. Los tornos de madera, más antiguos y rudimentarios, han resistido mejor el abandono de la actividad y la agresividad de la humedad marina.

Junto a estos tornos se conservan algunas casetas de pescadores, hechas de madera, pintadas por lo general de blanco y adornadas con motivos marinos. Casetas para enseres, para cocinar, para dormir, para sentarse a preparar los aparejos.

Casetas de pescadores con los asientos adosados a su exterior, sillones como tronos de rey, blancos, anchos, dispuestos para mirar al mar. Con toldos de rafia. Bancos de madera en la fachada exterior para compartir asiento. Para compartir alguna caldereta marinera, algunos calamares transparentes a la brasa. Melvas y bonitos. Pulpo y morena secados al sol y a la sal.

Casetas de pescadores que han visto como la pesquería ha llegado a su fin. Cómo las nuevas reglas de la pesca han impedido que se siguiese faenando con los sistemas tradicionales. Que han visto cómo ya no hay pesca abundante. Cómo los barcos han crecido y se han ido al puerto de Almería, al de Carboneras, a otras costas. Casetas de pescadores que han visto morir las barcazas varadas en la orilla. Aún hay una agonizante enfrente del estanco.

Pescadores que han visto cómo las barcas de madera *Hermanos Murcia, Hermanos Nájjar, Manuel* quedan para el adorno, para ser objeto de fotografías y de reportajes. Las que van a la mar son modernos cascarones de fibra y metal, a la pesca de entretenimiento o al paseo por el mar.

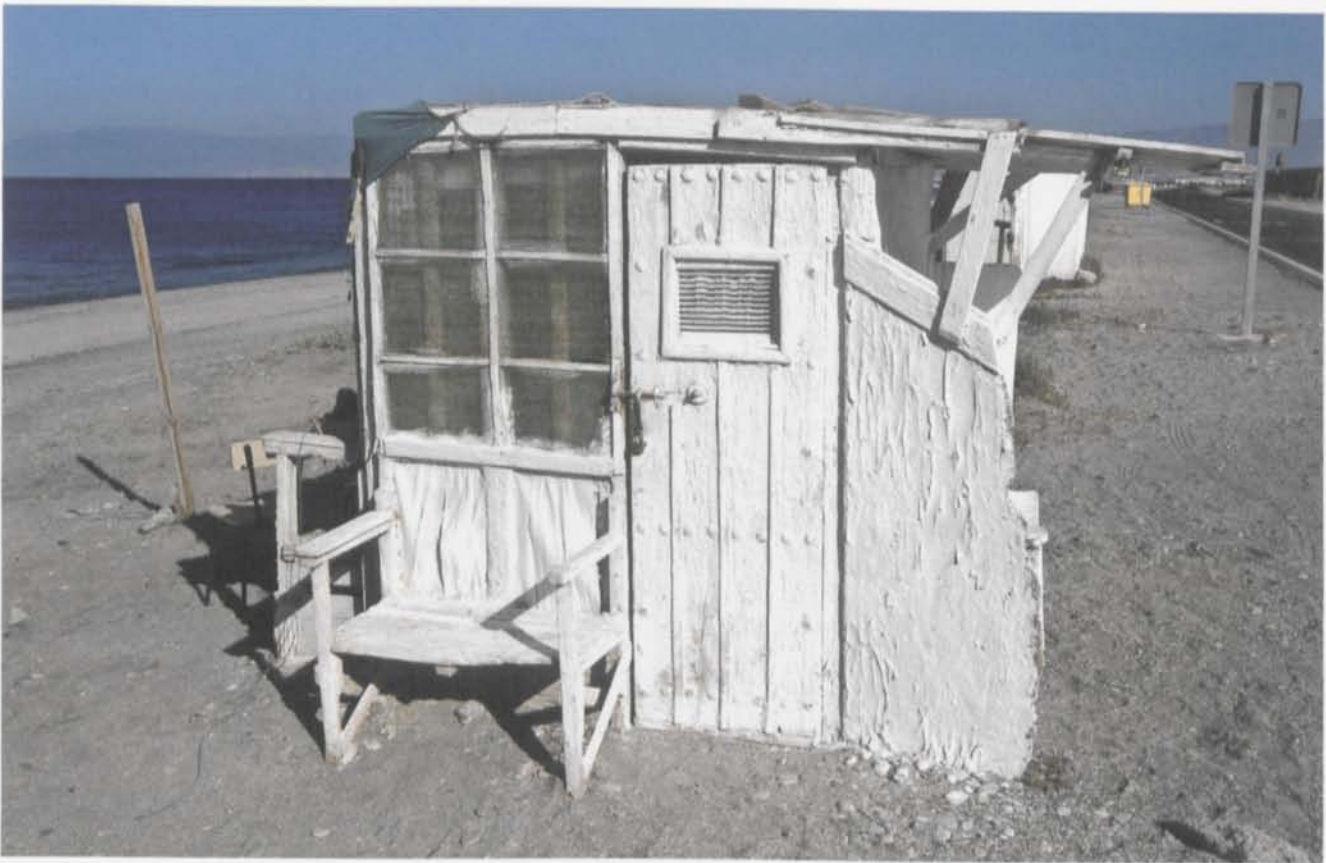
En la Almadraba de Monteleva las salinas hacen que el paisaje cambie de forma y de color con frecuencia. Grises que son blancos, rosados que son grises, amarillos y azules. Promontorios de gran contraste, planos con negros artilugios salineros, personas en pleno trasiego de sal.

En la Almadraba de Monteleva hay una Iglesia solitaria, con una inscripción: "El templo fue erigido en 1905". Las máquinas de fotografiar se enamoran de ella. Está muy deteriorada y hay anunciado un proyecto para restaurarla. ¡Virgencita que me quede como estoy!

En la Almadraba de Monteleva aún se conservan algunos de estos artilugios para sacar los barcos y algunas casetas de pescadores. Acompañadas por otras casetas que antaño fueron remolques o cabinas de camiones, quioscos de helados o casetas bastardas montadas al estilo chabola. Sin imaginación, sin personalidad. No tardará mucho en llegar un proyecto maravilloso, y muy conveniente para la ciudad, para construir un paseo marítimo, donado por un promotor de algún nuevo "barrio turístico" integrado en el paisaje del parque natural y bendecido por los gestores del parque, que lo protegen todo excepto... El paseo arrastrará estas últimas casetas.

En la Almadraba de Monteleva los pelícanos rosa vuelan de noche, antes de amanecer, orientándose para volar en bandadas hacia África. Los he visto, acurrucado en las casetas de pescadores, esperando que algún pez moviese la caña. Posiblemente, lo que quisiera es volver a 1980 y quedarme en aquellos paisajes. Entonces todos éramos más jóvenes.











Bautizo evangélico en la playa de Levante

Francisco Gamella Mora

Sábado del mes de julio. Medio millar de “aleluyas” se “reencuentran” en la playa de Motril para celebrar el rito central de la Iglesia Evangélica de Filadelfia. Proviene de nueve congregaciones de toda la provincia. Algunos llegan la noche antes e instalan sus furgonetas y tiendas en el espacio que el “responsable” ha pactado con la Guardia Civil. Hacen “vigilia” cantando, orando y escuchando “la Palabra” que leen los pastores y los “candidatos” o novicios. Por la mañana llegan más conversos que montan sus chamizos y tenderetes de lona (con los aparejos de la venta ambulante) en dos filas paralelas a la playa. Surge un campamento calé, donde conviven cientos de familias de barrios tachados de conflictivos y salvajes. No habrá ni un roce, queja o incidente reseñable.

Según avanza la mañana, la playa se va llenando de veraneantes que se tienden al sol en sus toallas y tumbonas. Las bañistas jóvenes van en bikini y algunas toman el sol en *top-less*. Los “aleluyas” evitan mirar hacia allí y no observo gestos o comentarios obscenos.

Hasta la hora de comer, los niños y niñas juegan en la playa y se forman corros donde se canta y se baila al son de palmas y guitarras. Luego viene un copioso almuerzo al que invitan al fotógrafo. Tras la comida sigue el cante y el baile, casi todo por tangos y bulerías. Algunos mayores se echan un rato a la sombra.

A las cinco de la tarde empieza el culto. Formamos un gran círculo frente a los depósitos del gas y el malecón que lleva a la zona industrial. En primera fila se colocan los neófitos y neófitas; son más las mujeres (cuento 36 por 15 hombres). En su estado liminal van de riguroso blanco; las casadas se han peinado con esmero y acicalado con encajes y hasta con perlas; las mozuelas están guapísimas con el pelo suelto ceñido de diademas y coronas blancas. No portan medallas con santos o vírgenes, que fomentan la idolatría. Las cruces son sencillas y nunca incluyen al crucificado; el Cristo que ellas adoran vive y no está permanentemente clavado a la cruz. Todos son adultos: entre 16 y 73 años. Aquí no se bautiza a los niños. El bautizo exige un compromiso voluntario, consciente y razonado; también, arrepentimiento de los pecados que van a ser perdonados, y deseo de empezar una nueva vida. Tampoco se adquiere un nombre; casi todos los catecúmenos fueron bautizados en la fe católica y conservarán su nombre “de pila”.

Tras las alabanzas, el “responsable” resalta la solemnidad de la ceremonia y la alegría de tantas conversiones. A continuación, otro pastor predica la Palabra. Alto, enjuto y aguileño, hace una interpretación emotiva del texto en que Marcos relata el bautizo de Cristo por Juan el Bautista en el Jordán. Todos escuchan muy atentos (foto 1). Luego hay coros y cantos de alabanza que introducen al segundo pastor, un hombre robusto, fiero, de retórica caliente (y altavoz), que exalta los ánimos hasta el grito o el éxtasis. Entonces, alabando mucho a Dios, los de la mano levantada juran su fe y declaran públicamente su deseo de bautizarse y los motivos para hacerlo: sobre todo, el amor a Cristo (foto 2).

EL BAUTIZO POR INMERSIÓN

Llegado el momento, tras un cierto desorden, se abre un camino hacia la playa sobre la arena negra por donde avanzan los neófitos y neófitas. El mar está algo revuelto. A algunos, ese piélagos revuelto parece asustarles. Los calé no han sido casi nunca marineros ni navegantes. Un grupo de hombres jóvenes se hunden mar adentro y se quedan en el agua como formando una barrera protectora.

Los pastores y candidatos entran en el agua y van llamando a los catecúmenos en grupos de a cuatro. Les colocan de espaldas, tapando su nariz, y sujetándoles por la nuca, les sumergen en el agua (foto 3). Muchas mujeres entran temblando a ese agua espumeante y los pastores les tienden sus anchas y rudas manos de obreros y jornaleros (foto 4). Alguna traga agua, tose y siente ahogarse. La moral sexuada se aprecia ahora en marcados roles de género, cuando las “corderas” blancas son empujadas por hombres que las sumergen hasta que son tragadas por el mar y desaparecen un instante para retornar limpias, purificadas y desnudas bajo trajes que al mojarse se han vuelto transparentes (foto 5) y que las gitanas mayores corren a cubrir con

toallas. El tránsito del agua es traumático, iniciático, revelador, pero todas lo superan y van saliendo alegres y renovadas, abrazándose a sus hermanos y hermanas en la fe.

Al atardecer hay otra comida de celebración. Después, se canta y se baila hasta la noche.

Este es el sacramento esencial de los gitanos pentecostales, el tránsito que les hace “cristianos nuevos”; rito de paso que marca la transición de una naturaleza pobre y viciada a otra redimida y esperanzada; rito de intensificación que refuerza el sentido de pertenencia a una comunidad, de claro carácter político, donde miles de familias separadas e incluso contrarias se unen con un objetivo común, guiadas por líderes que surgen del pueblo y a los que se sigue por su autoridad y sus obras.











Cultura popular 2008

Salvador Brun Pérez

Este reportaje fotográfico lo realicé en el mes de enero de 2008 en Vilanova d'Alcolea, localidad de la provincia de Castellón que vive sus días de mayor esplendor en las fiestas de san Antonio.

El sábado más próximo al día 17 de enero, día de *Sant Antoni*, cientos de personas se congregan en las calles del pueblo para revivir una tradición que se remonta al siglo XIV y en la que se conjugan la tradición religiosa de adoración a su patrono con el rito pagano típico del solsticio de invierno, para convertirse en la popular *Matxà*, donde se logra una perfecta simbiosis entre los animales y el fuego.

En medio del frío y apagado invierno, la explosión de fuego y alegría resalta el carácter mediterráneo de estas gentes y este pueblo, con una fiesta que arranca de la noche de los tiempos. Es ésta, sin duda, una de las celebraciones más carismáticas de la provincia de Castellón y, probablemente, por su singularidad, de España entera.

Participan de ella tanto los residentes como los visitantes. Se inicia al anochecer con la denominada *foguera dels Majorals*. Los mayores, que son los que organizan la fiesta, preparan una enorme hoguera a las afueras del pueblo que prenden cuando anochece; con ella empieza la fiesta.

Después de cenar se sacan las caballerías a la calle donde son vestidas por la familia de los mayores. El vestido consiste en una manta, una silla donde va sentado el mayoral, y encima de ésta el "tapete", que es una manta bordada, normalmente con motivos vegetales, que acaba en un fleco que alarga todavía más su forma. La decoración acaba con el "cabestre", parte del vestido que más trabajo da porque está formada por piezas de tela y flores que lo adornan.

Cuando todos los animales están vestidos se reúnen en la Plaza de la Iglesia. Una vez allí, sale el cura y reza un Padre Nuestro; bendice a los animales para que *Sant Antoni* los proteja y libere de todos los males y entrega el estandarte con el Santo al mayoral encargado de llevarlo ese año, que cuando lo recibe grita: "¡Viva *Sant Antoni!*".

En ese instante voltean las campanas y empiezan a prenderse las hogueras formadas por montones de alia-gas, matorrales que arden a gran velocidad y con mucha virulencia y que durante la mañana del sábado han ido distribuyendo los festeros por las calles del pueblo.

Es en ese momento cuando se ofrece un espectáculo impresionante al paso de la comitiva por las calles del pueblo, sorteando en unos casos y saltando en otros las enormes hogueras colocadas a lo largo del recorrido, que van quemándose al paso de la procesión con el estandarte del Santo y de las numerosas caballerías que acompañan al cortejo, formado también por multitud de atrevidos que, siguiendo el recorrido con los animales, se atreven a saltar las hogueras.











**Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Gráficas Muriel
en Madrid, mayo
de 2009**

ISBN: 978-84-8181-396-8



9 788481 813968



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CULTURA